

aurora

VOCES JESUITAS SOBRE LA PANDEMIA

Año 2020 • N° 2 • Distribución gratuita



para no volver a la
NORMALIDAD

Coordinador aurora
Roberto Jaramillo S.J.

Responsabilidad Editorial
**Conferencia de Provinciales en
América Latina y El Caribe (CPAL)**

Producción Editorial
**abediciones de la Universidad
Católica Andrés Bello
Caracas-Venezuela**

Corrección de textos
Maritza Barrios

Diseño Gráfico
Isabel Valdivieso

Colaboradores
**Luis Rafael Velasco, S.J.
Olman Bonilla
Paco Muguero Ibarra S.J.
Diego A. Jiménez-Bósquez
Cristian Peralta, S.J.
Inés Aray
Jorge Cela Carvajal, S.J.
Joaquín Benítez Maal
Álvaro Mendonça Pimentel, S.J.
Juan Felipe Bernal Uribe
Jaldemir Vítório S.J.
Clovis Salgado Gontijo
Pablo Mella, S.J.
Rivaldave Paz Torquato, O. Carm
Roberto Brañez-Medina
Benjamín González Buelta S.J.
Piero Trepiccione**

Dirección de la CPAL
**Ave. Fulgencio Valdez 780,
Distrito Breña, Lima 5 - Perú**

Visite nuestra página en la WEB
www.jesuitas.lat

aurora es una publicación digital de
la Conferencia de Provinciales en
América Latina y el Caribe-CPAL

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	
Luis Rafael Velasco, S.J.	3
1. ¿Volver a la normalidad? (caricatura)	
Olman Bonilla.....	4
2. No quiero volver a la normalidad	
Paco Muguero Ibarra S.J.	5
3. Lecciones para una nueva humanidad: hacia un nuevo contrato social	
Diego A. Jiménez-Bósquez.....	7
4. Bioética, pandemia y exclusión social	
Cristian Peralta, S.J.	13
5. Una Iglesia abierta, activa y solidaria	
Inés Aray	17
6. Aprender en tiempos de pandemia	
Jorge Cela Carvajal, S.J.	21
7. Cuarentena, ambiente y desarrollo sostenible	
Joaquín Benítez Maal	23
8. En búsqueda de los valores perdidos	
Álvaro Mendonça Pimentel, S.J.	25
9. ¿Qué hacen los economistas en la cuarentena?	
Juan Felipe Bernal Uribe.....	27
10. La voz lúcida de los profetas en tiempos de COVID-19	
Jaldemir Vítório S.J.	31
11. La pandemia y la manifestación de lo humano	
Clovis Salgado Gontijo.....	33
12. Discernir una fe desbordada por el terror	
Pablo Mella, S.J.	37
13. Confiar como los niños	
Rivaldave Paz Torquato, O. Carm.....	41
14. El error de la virtualización	
Roberto Brañez-Medina.....	45
15. "Pidan y se les dará, busquen y encontrarán"	
Benjamín González Buelta S.J.	47
16. La pandemia en clave de solidaridad y verdad	
Piero Trepiccione.....	49

Mucho se habla en estos días del “después” de la pandemia y de los cambios y transformaciones que vendrán. Algunos hablan de un futuro venturoso, otros son más pesimistas. Como sea, el “después” depende de las conclusiones que saquemos del “ahora”, en el que como humanidad estamos siendo puestos en jaque por un micro organismo maligno.

Y en el “ahora” estamos experimentando muchas cosas, por ejemplo: que dependemos unos de otros mas de lo que pensábamos, y que al caer muchas de las cosas por las que nos afanábamos y con las que vivíamos distraídos, nos damos cuenta de que hay pocas cosas esenciales. En primer lugar, la vida que es sagrada y no tiene precio. Constatamos, además, que realidades fundamentales, como el amor y el cuidado, no dependen del dinero sino de nuestra atención y dedicación.

En la tradición bíblica tenemos un relato de origen conocido: el diluvio universal. El autor bíblico explica una desgracia natural como un “castigo divino” a consecuencia de las malas acciones de la humanidad. Es una interpretación. Ahora bien, pasada mucha agua debajo del puente de la historia, vamos aprendiendo que las desgracias que solíamos atribuirle a Dios no son mas que consecuencias de nuestras acciones u omisiones. En el caso de esta pandemia lo vemos claramente. La causa de nuestro sufrimiento está vinculada a acciones humanas, y la pandemia deja a la luz las injusticias e inequidades que nosotros hemos edificado. Muchos quedan expuestos al contagio y a la muerte porque hemos construido sociedades a costa de la sangre y el sudor de muchos para el disfrute de una minoría.

“Estamos todos en la misma barca”, nos recordó Francisco. Y es verdad. El problema es que mientras unos viajan en primera otros van amontonados en la bodega. Unos pudiendo disfrutar de las bondades del restaurant de cubierta, y otros anónimos y valientes a la fuerza, trabajando para que todos estemos a salvo, dentro de lo posible, y arriesgando sus vidas en el intento. Si hoy valoramos y aplaudimos a los que trabajan para que la nave no naufrague, sería ya un aprendizaje que no los lancemos por la borda cuando el peligro haya pasado.

Se dice que después de la pandemia hasta la democracia ya no será igual. Ojalá. La revolución francesa proclamó la libertad, la igualdad y la fraternidad; durante los siglos posteriores, los defensores de la libertad y los de la igualdad han tenido numerosas reyertas. Libertad e igualdad han tenido movimientos que las enarbolan, mientras que

la hija pobre y postergada ha sido la fraternidad. Justo la que hoy puede salvarnos. Tal vez, un aprendizaje que nos va ofreciendo el “ahora”, es que no hay igualdad ni libertad si no vivimos mas fraternamente: haciendo mas lugar en la mesa, superando grietas, trabajando juntos los de distintos espacios políticos, de diversas religiones, de diferentes culturas e ideologías, para que los mas vulnerables no sean lanzados por estribor como lastre y puedan vivir mejor en la misma barca.

“Ahora” estamos pasando momentos oscuros, en los que sin embargo vemos con claridad cosas fundamentales. ¿Alcanzará para que el día “después” no perdamos la memoria?

El segundo volumen de **aurora** nos ayuda a la reflexión sobre el “ahora” y sus causas, e intenta ofrecer algunas intuiciones respecto del “después”. Es un servicio indispensable: en medio de la acción ser capaces de reflexionar, porque para que haya un después verdaderamente más fraterno, hay que comenzar a idearlo ahora.

LUIS RAFAEL VELASCO, S.J.
Provincial de Argentina-Uruguay (ARU)

El ahora y el después

PRESENTACIÓN

aurora
VOCES JESUITAS SOBRE LA PANDEMIA

¿Volver a la normalidad?



Autor:
Olmán Bolaños Vargas,
para AURORA. Con
nuestro agradecimiento

No quiero volver a la **NORMALIDAD**

Paco Muguiro Ibarra S.J.¹

Pues yo, lo siento, pero no quiero volver a la “normalidad”. No anhelo volver a las caravanas diarias para ir al trabajo, a pasar menos tiempo con mi familia, ni a ver la “boina” negra amenazando el cielo de Madrid, a una educación segregadora y con ratios insostenibles, a la precariedad de la Sanidad, al elitismo de que gane más el que más dinero sea capaz de producir menospreciando labores tan fundamentales en esta crisis como las de limpiar, reponer o entregar productos, cuidar a los mayores... Detestaría regresar a la orgía de consumismo compulsivo y sin sentido que nos hacía comprar productos innecesarios y de mala calidad, fabricados en países pobres por personas pobres en condiciones

de semi-esclavitud, para que otros puedan seguir acumulando sus riquezas, sólo por el hecho de que esas prendas son baratas y de temporada.

Tampoco quiero recuperar esa proximidad ficticia que nos hacía llamar de vez en cuando y casi rutinariamente a nuestros familiares más cercanos, sin importarnos realmente por sus vidas; ni a cruzarme de nuevo con los vecinos en el ascensor sin mirarnos a los ojos y sonreírnos, conscientes de que la vida nos pasa a todos. Ni a seguir viviendo ajeno al resto del mundo, encapsulado en mi “privi-

legiado” modo de vida. Ni a continuar viendo a los inmigrantes con miedo, como enemigos a los que hay que cerrar el paso con concertinas o muros. No, no quiero volver a la normalidad de la que todo el mundo habla.

No deseo seguir mirando para otro lado y fingir que no pasa nada, que estamos bien, que todo va a salir bien. No quiero resignarme a aceptar que todo se arregla con una vacuna o con una aplicación de geolocalización en el móvil que controle todos nuestros pasos. No quiero seguir escuchando excusas para no hablar de lo importante. No puedo tolerar que haya quienes, por sus propios intereses, mantengan el discurso del negacionismo, pero pretendan mantener las políticas del darwinismo social que están provocando más pérdidas humanas. Volver a esa normalidad en la que se siguen talando árboles y seguimos destruyendo la biodiversidad, en la que seguimos destruyendo el planeta y a gran parte de la humanidad con guerras y explotación por fines económicos. No quiero seguir promoviendo la desigualdad y la injusticia, el abuso al que estamos sometiendo a otras especies animales. Ni pensar que el cambio climático nos queda muy lejos.

Estos días vemos en los medios de comunicación algunas noticias sobre la recuperación de los peces en los canales de Venecia, los delfines en los puertos de Cagliari o el regreso de especies en vías de extinción a algunas costas. Y parece que todo esto fuera una consecuencia anecdótica de lo que nos sucede. Como un “anda, mira, qué bonito” que nada tiene que ver con nuestra forma de vida, con nuestra propia supervivencia. No quiero volver a la normalidad de playas colonizadas por sombrillas, canales turbios y puertos contaminados. Esto no es una anécdota, es sólo un reflejo de lo que nos pasa. Y lo que nos sucede es que no sólo podemos perder nuestra for-

Siento que no se habla de lo importante. No se trata de vencer al coronavirus, ni siquiera de cómo voy a sobrevivir este mes. Se trata de cuestionar nuestro modo de vida para poder seguir viviendo más allá de un mes, de un año o una década, y de que nuestros hijos, hijas y aquellos que están por venir también puedan hacerlo. Y, para ello, lo que debería de estar encima de la mesa es que no podemos seguir consumiendo de esta forma

¹ Fue hasta hace unos meses Director de Radio Marañón, Jaén, Perú, desde donde ejerció, durante 20 años, el periodismo comunitario y de defensa de los DD.HH. Artículo originalmente publicado en Cultivalú el 30/04/2020. Extraído de <https://www.radiocutivalu.org/padre-paco-muguiro-no-quiere-volver-a-la-normalidad/>

Y seguimos sin hablar de lo importante: ¿qué vamos a hacer para NO volver a la normalidad?, ¿qué vamos a cambiar para garantizar nuestra supervivencia y evitar el sufrimiento de tantas personas?

ma de vivir, sino que está en riesgo la vida de muchas personas, tal y como han estado alertando muchos científicos durante estos últimos años.

Siento que no se habla de lo importante. No se trata de vencer al coronavirus, ni siquiera de cómo voy a sobrevivir este mes.

Se trata de cuestionar nues-

tro modo de vida para poder seguir viviendo más allá de un mes, de un año o una década, y de que nuestros hijos, hijas y aquellos que están por venir también puedan hacerlo. Y, para ello, lo que debería de estar encima de la mesa es que no podemos seguir consumiendo de esta forma.

No podemos seguir devastando los bosques para plantar cereales que dan de comer a los animales de los que nos alimentamos; ni explotándolos en granjas en condiciones de extrema insalubridad que aumentan los riesgos de causar enfermedades; ni sacrificarlos en espacios de tiempo cada vez más cortos que provocan que los virus necesiten aumentar su agresividad y la velocidad de transmisión para continuar con sus ciclos vitales; ni contribuyendo a mercados negros de espe-

cies exóticas sólo por el capricho de tener en casa un raro animalito que decora muy bien mi habitación, y cuya presencia no hace más que acercarnos (a nosotros y a nuestros animales) a enfermedades de las que ni habíamos oído hablar y que ahora amenazan con romper de un plumazo todo lo construido; ni utilizando cada día transportes que, a causa de quemar combustibles fósiles, lanzan al aire agentes contaminantes que son los perfectos vehículos de propagación de agentes patógenos por todo el mundo; a seguir plastificando el mar y nuestros acuíferos, plásticos que terminan degradándose y formando parte de la sal que condimenta nuestras comidas o del agua mineral embotellada que bebemos porque la del grifo no nos parece suficientemente fiable...

Porque el coronavirus pasará, más tarde o más temprano. Y no se trata de ser catastrofista, los hechos acontecidos no nos permiten seguir negando las evidencias, que a estas alturas, ya parece que se quedaron cortas. Todo apunta a que vendrán nuevas pandemias, a que el calentamiento global ya está aquí y no estamos haciendo nada para amortiguar su efecto imparable. Y seguimos sin hablar de lo importante: ¿qué vamos a hacer para NO volver a la normalidad?, ¿qué vamos a cambiar para garantizar nuestra supervivencia y evitar el sufrimiento de tantas personas?



Lecciones para una nueva **HUMANIDAD:** hacia un nuevo contrato social



Diego A. Jiménez-Bósquez¹

7

Estamos en medio de una atmósfera de angustia, miedo, silencio e incertidumbre; quizá nunca antes —ni nosotros, ni nuestros padres, ni nuestros abuelos—, hayamos pasado por algo así. Frente a esta realidad no podemos pasar de largo, con indiferencia. Situados en lo que podría llamarse una lectura equilibrada del escenario, desde la perspectiva del justo medio, resulta que nos encontramos con una serie de hechos que nos afectan a todos y en los distintos niveles de nuestra existencia: individual, comunitaria y globalmente. Lo que está pasando nos interpela y hace que nuestra existencia se descubra así misma perpleja y con esa extraña sensación de saberse en una suerte de “punto cero”. En el marco de estos hechos y de la sensibilidad con la cual estamos transitando a través de ellos, y aun sabiendo que toda lectura que hagamos hoy, mañana puede resultar estrecha e incompleta, conviene no perder la oportunidad de, pensando en caliente, proponer algunas consideraciones y que “después” podrían resultarnos de utilidad. En este sentido, propongo cuatro consideraciones que, a manera de lecciones para una nueva humanidad², pueden orientarnos en aquello que hoy tenemos que aprender e interiorizar.

Esta pandemia nos está desnudando como humanidad. Ha llegado el momento de despojarnos de lo que traemos puesto y volver a vernos y sentirnos en nuestra autenticidad, lejos de toda esa superficialidad a la que estábamos acostumbrados. Esta autenticidad nos abre a una experiencia de vértigo única, con un poder desestabilizador hasta ahora desconocido

¹ Profesor de la Escuela de Filosofía de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE)

² La idea original de la expresión “lecciones para una nueva humanidad” no es mía, le pertenece a Fernando Ponce S.J., a quien, además de una larga amistad, me une una vieja discusión en torno a Rawls y su idea del contrato.

La importancia esencial del cuidado

Esta pandemia nos está desnudando como humanidad. Ha llegado el momento de despojarnos de lo que traemos puesto y volver a vernos y sentirnos en nuestra autenticidad, lejos de toda esa superficialidad a la que estábamos acostumbrados. Esta autenticidad nos abre a una experiencia de vértigo única, con un poder desestabilizador hasta ahora desconocido. Y aunque la sensación es nueva, solo confirma lo que ya el debate moderno, en la genialidad de Kant, en torno a nuestra naturaleza ha declarado: somos insociable sociabilidad. Por un lado, nos descubrimos radicalmente egoístas e indiferentes frente a los demás y sus dilemas. Por el otro, nos vemos con una gran capacidad para la colaboración, la solidaridad y la empatía. No en todos las dos tendencias, se muestran por igual; y ciertamente en la mayoría, parece primar más la primera.

En este espacio, en el cual experimentamos y escuchamos un inusual y apofántico silencio, lo que dábamos por absoluto se deja ver en su cruda relatividad. Veníamos viviendo una vida llena de actividades, todas con un halo de absoluta e indiscutible importancia. Cuando alguien nos invitaba a hacer algo no programado, nos complacíamos en responder que no podíamos, que estábamos ocupados. Al común de nosotros nos llenaba de orgullo, la vanidosa experiencia de sentirnos importantes porque nuestras agendas estaban llenas. Nos habíamos convencido a nosotros mismos, que nuestra dignidad estaba en aquello que hacíamos, en aquello para lo cual resultábamos útiles. Y en medio de esa colorida y pintoresca danza de egos, unos más crecidos y ocupados que otros, llegó el pequeño e imperceptible COVID-19. Y con su llegada se alteraron y se paralizaron por completo nuestras agendas y nuestras rutinas diarias. Sí, desde que está con nosotros, todo eso que creíamos im-

postergable, inaplazable, urgente y de vital importancia, se nos reveló como contingente, innecesario y de segundo orden.

Y, curiosamente, todo aquello que considerábamos trivial, renunciable, y no tan urgente, durante estos días se nos muestra de manera distinta. Sucede que nos estamos dando cuenta de que lo único que podemos hacer para proteger nuestra vida y de la de los demás es cuidarnos. ¡Sí! Y resulta irónico, porque es como que las verdades de Perogrullo están en su momento estelar. “Lo único que podemos hacer es cuidarnos”. Y allí, llegado el momento, nos hemos dado cuenta que hace mucho habíamos olvidado cómo hacerlo, y durante estos días se nos regala la oportunidad de volver a cultivar esta característica tan nuestra, sin la que nada es posible.

Así, una primera lección que nos queda es la que nos recuerda que, sin cuidado, sin dinámicas y lógicas de convivencia fundadas en el cuidado, en la empatía de los unos por los otros, en la responsabilidad frente a la existencia propia y a la de los demás, la vida es un proyecto inviable. La vida necesita ser cuidada; necesitamos ser cuidados y cuidar. En el contexto que estamos viviendo, la vuelta al cuidado es nuestra única posibilidad; nos hemos visto obligados a volver a casa.

Nos guste o no, somos vulnerables

Junto a esa experiencia de autenticidad existencial en la que nuestra genética reacción está siendo recuperar el cuidado como cualidad, como *ethos* fundamental, está otra, igual de arquimédica en nuestra condición, la de nuestra constitutiva vulnerabilidad y fragilidad. Aquella descripción de Hesíodo, en la que se refiere a la felicidad humana como la flor que resplandece en su belleza, en medio de un inhóspito mundo y expuesta a la inclemencia de la fortuna, hoy dice muy bien de la forma en la que estamos sintiendo nuestra existencia. Aunque no nos guste para nada, durante estos días tenemos el sabor de la vulnerabilidad en la punta de la lengua.

Esta experiencia de vulnerabilidad frente a la que estamos nos muestra que, por un lado, sea cual sea nuestra posición y nuestra condición y el lugar que ocupemos en la sociedad, y las etiquetas que traiga-

Todos los aprendizajes individuales, que como personas concretas podamos sacar son cruciales. Es momento de entender que los gestos sencillos, los actos pequeños, como lavarse las manos, pueden ser los actos más importantes de los que seamos capaces. La pandemia nos está enseñando que aquello que, tan vacía y populistamente se dice muchas veces, es verdad: el poder está en cada uno de nosotros

nosotros nos llenaba de orgullo, la vanidosa experiencia de sentirnos importantes porque nuestras agendas estaban llenas. Nos habíamos convencido a nosotros mismos, que nuestra dignidad estaba en aquello que hacíamos, en aquello para lo cual resultábamos útiles. Y en medio de esa colorida y pintoresca danza de egos, unos más crecidos y ocupados que otros, llegó el pequeño e imperceptible COVID-19. Y con su llegada se alteraron y se paralizaron por completo nuestras agendas y nuestras rutinas diarias. Sí, desde que está con nosotros, todo eso que creíamos im-

mos encima, siempre nuestra vida puede ser alterada por acontecimientos que escapan a nuestro control; vivimos expuestos a eso que los griegos llamaban fortuna, y nosotros a veces solemos nombrar como suerte o azar. Lo más preciado que hoy tenemos mañana ya no puede estar más. Y, por otro, la huella suprema de nuestra vulnerabilidad es que lo único cierto de nuestra vida es la muerte. Y somos para la muerte no por defecto, sino como rasgo fundamental. Nadie puede vivir si no es con la certeza de la muerte. Da igual cual sea nuestra contingencia, tarde o temprano todos vamos a morir.

Que así seamos no es motivo para estar tristes o desanimarnos. Más bien, esta fresca memoria y actualización de nuestra condición para la muerte, nos regala la oportunidad de preguntarnos ¿cómo estamos viviendo? El precio de no poder hacer nada frente a la muerte, es recompensado con la posibilidad de poder hacer todo frente a la vida. La muerte está para hacernos amar la vida. Pero claro, tenemos vidas tan ocupadas que nos hemos olvidado de lo único cierto: nadie sale vivo de aquí. A riesgo de parecer un poco intimista, me atrevo a confesar mi esperanza en que tener a la muerte merodeando nuestras calles ojalá nos enseñe, a quienes se quedan o nos quedamos, a amar la vida y a vivirla con autenticidad.

Todos los aprendizajes individuales, que como personas concretas podamos sacar son cruciales. Es momento de entender que los gestos sencillos, los actos pequeños, como lavarse las manos, pueden ser los actos más importantes de los que seamos capaces. La pandemia nos está enseñando que aquello que, tan vacía y populistamente se dice muchas veces, es verdad: el poder está en cada uno de nosotros. En tal virtud, me parecen sugerentes las siguientes palabras del presidente de Italia que, en un contexto tan sombrío como el nuestro, pronunció hace unos pocos días: “el sentido de la responsabilidad de los ciudadanos es el recurso más importante con el que un estado democrático puede contar en momentos como aquel en el que vivimos”. Sin actos responsables individuales pequeños y sencillos cualquier proyecto de sociedad es fallido. A Italia, a nosotros y a otros, son muchas las muertes que nos está costando aprender esto.

Yo soy porque son otros

Una nota decisiva que nos recuerda y vuelve a enseñarnos esta pandemia es que, lo aceptemos o no, somos interdependientes: dependemos los unos de los otros. No existimos a solas. La posibilidad de tener vidas felices, libres, plenas y autónomas depende de otros. Sí, así de paradójico y contradictorio: la posibilidad de nuestra individualidad y autodeterminación es el otro, su presencia... Y es curioso que solo en momentos y circunstancias de horror y desconcierto humano, volvamos por obligación a recordar la innegociable necesidad de otro. Y su importancia radica en el mero hecho de que solo a través de él podemos salir de nosotros mismos y descubrir quiénes somos. El tú es condición del yo, como en medio de la guerra lo declaraba en el siglo pasado Martin Buber. Y el otro es condición de mí mismo, porque en sus ojos, en su mirada, en su presencia, me experimento en mi finitud, en mi circunstancialidad, en aquello que soy concretamente; solo en el espejo de sus ojos me está permitido mostrarme.

En línea con lo dicho, lo que nos toca recuperar para nosotros, a manera de aprendizaje, es una actitud fundamental que nos permita construir vínculos sanos con los demás. No se trata de los vínculos que tenemos con los otros a quienes me unen afectos, se trata de reconocer con el mismo valor a aquellos otros a quienes no necesariamente me une un afecto particular. Ellos debería unirnos un afecto universal por todas las personas, afecto del que deberíamos ser capaces por el mero hecho de ser congéneres. Esta crisis nos deja la lección que no basta con amar y reconocer en su dignidad a mi grupo. Que nuestra vida, su posibilidad, requiere de todos, la capacidad de eso que los ingleses clásicos llamaban *sympathy*, y nosotros traducimos como compasión o solidaridad.

Esta necesaria *sympathy* con los demás necesita trasladarse también al resto de huéspedes del planeta. Así, es urgente aprender también que las costumbres

Esta crisis nos deja la lección que no basta con amar y reconocer en su dignidad a mi grupo. Que nuestra vida, su posibilidad, requiere de todos, la capacidad de eso que los ingleses clásicos llamaban *sympathy*, y nosotros traducimos como compasión o solidaridad

y valores con los que veníamos habitando el planeta, la casa de todos, no eran las mejores. Ya nos lo decían distintos organismos y voces de influencia mundial: tenemos que cambiar nuestros hábitos de consumo y las maneras en las que reproducimos materialmente nuestras vidas. Y esto nos resultaba menos que absurdo. No nos cabía por ningún lado, siquiera imaginar, que las industrias y nuestro sistema económico puedan parar un día. El solo hecho de sugerir esta posibilidad era un despropósito. Disminuir los niveles de CO_2 a causa de nuestra actividad económica no era una posibilidad para nadie, aunque se hacían pequeños y a veces insignificantes esfuerzos.

Bueno, no solo resulta que también en esto estábamos soberanamente equivocados. Sino que unas semanas después de que el pequeño y casi imperceptible COVID-19 llegase a nuestras vidas la naturaleza, el resto de aquellos que también son dueños de esta casa común, parecen regenerarse... El aire es más puro, nuestros hijos están respirando un aire nuevo en la ciudad. Los animales en los ríos, en las montañas, en los aires, parecen estar experimentando una suerte de primavera que nos cautiva por su belleza y esplendor. Los árboles y los jardines de las ciudades reverdecen, la vida no humana, pero no por eso menos vida, nos mira con gratitud: al fin hemos parado... Me opongo a pensar que el problema seamos nosotros. Más bien sostengo que el problema son nuestros hábitos. Con el tiempo nos hemos habituado a costumbres poco amables con el resto de la creación. Hemos olvidado que todo lo que hacemos, a corto o largo plazo, tiene consecuencias. Hemos vivido durante mucho tiempo con la percepción de que nuestros recursos son infinitos. Y ahora, mientras estamos en casa de repente, además de nuestra propia finitud, nos damos cuenta de que todo es contingente, nada, a excepción de nuestra vulnerabilidad, es necesariamente absoluto.

Necesitamos un nuevo contrato

Finalmente, y como el aprendizaje conclusivo que implica a los otros que me he referido, está el que tiene que ver con la necesidad de un nuevo contrato social; necesitamos un nuevo acuerdo, uno que reúna y considere aquello que estos días estamos aprendiendo y



actualizando. No se trata de acabar ni de echar por la borda los componentes de la clásica ideal del contrato. Lo que propongo es que enriquezcamos nuestro acuerdo fundacional. Esta necesidad se impone porque hoy es claro, para la mayoría de ciudadanos, que nuestras sociedades no pueden seguir como estaban. En nuestra organización social algunas cosas faltan y otras sobran. No solo se trata de revisar aquello sobre lo que contratamos, sino sobre la idea misma del contratante.

Nuestras sociedades de derecho se han fundado sobre una antropología incompleta. Hemos forjado nuestra organización a la luz de la idea de que somos racionales; y racional ha sido igual a basarse en indicadores, metas, planes y programas que priorizan los resultados y, muchas de las veces, deshumanizando a sus miembros. Y hemos estado de acuerdo en que el ejercicio de esta racionalidad es el mejor de los caminos para asegurarnos sociedades en las que todos podamos



vivir bien, con calidad de vida y, lo más importante, viviendo o haciendo lo posible por vivir vidas plenas y con sentido. En pocas palabras, la antropología sobre la cual hemos levantado nuestras actuales sociedades, nos aseguraba y nos prometía sociedades justas y fraternas.

Llegados al presente debemos asumir que muy poco de eso, y para muy pocos valga decirlo, se ha logrado. No solo es una frontera en nuestra idea de justicia, en cuyo límite y como complemento emerge la idea del cuidado. Es también que hemos puesto el énfasis en solo unas pocas de nuestras capacidades. En la base de ese éxito económico, industrial y tecnológico que hemos logrado, hay una pobre idea de lo humano. No se trata de negar los beneficios que ese progreso nos ha dado. Se trata de ver que somos más que eso. Y que una sociedad, cuyos miembros aspiren a una vida con sentido, no puede negarnos la posibilidad de vivir

en armonía con la naturaleza, con los nuestros congéneres y con nosotros mismos. El nuevo contrato, de que estoy hablando, debe ser sensible a nuestra espiritualidad y a nuestra necesidad de trascendencia. No todo puede ni debe seguir agotándose en nuestros afanes económicos. Seguro los seguiremos teniendo, pero es necesario que también tengamos otros. Necesitamos un contrato social que no solo garantice la vida de los que ahora contratamos, sino que también asegure la vida, y con calidad, para quienes vendrán luego.

Y para suscribir este nuevo contrato no necesitamos ni de una idea de estado de naturaleza, ni de aquella tan potente, y necesaria a veces, del velo de ignorancia. La de estado de naturaleza ya no la necesitamos porque estamos en un punto cero. Nuestras opciones políticas, lo que habían privilegiado nuestra organización social, las costumbres y nuestros hábitos políticos, se han desmoronado. No hay nada. Sería necio, después de todo esto, seguir creyendo que como veníamos, veníamos bien. Y el velo de ignorancia ya no lo necesitamos, porque lo que estos días estamos viviendo nos somete a todos a las mismas circunstancias. No necesitamos no saber de nuestro lugar social. Hoy todos experimentamos cierto margen importante de igualdad. Y no creo ser demasiado atrevido, si sugiero que desde ese pequeño margen de igualdad podemos tomar decisiones con vocación universal.

El nuevo contrato que sugiero debería considerar esencialmente nuestra vulnerabilidad, y de acuerdo con esta condición proyectar las instituciones. Que necesitamos ser capaces de cultivar relaciones sanas y equilibradas entre nuestros congéneres y con el resto de la naturaleza. Y, finalmente, que no basta y que tan importante como nuestra exigencia de justicia es nuestra necesidad de aprender a cuidarnos. Este nuevo contrato del que hablo debe propender a generar estructuras y relaciones de cuidado a todo nivel. Este nuevo contrato no nos evitará la muerte ni el sufrimiento, pero con toda probabilidad, nos ayudará a construir sociedades en las que morir y sufrir no sean sinónimos del espantoso espectáculo que ahora mismo contemplamos.

BIOÉTICA, PANDEMIA Y EXCLUSIÓN SOCIAL



Cristian Peralta, S.J.¹

La bioética es una disciplina relativamente joven. El término “bioética” comienza a tener mayor difusión a partir de un artículo del oncólogo Van Rensselaer Potter (1911-2001, publicado en 1970 con el título *Bioethics: bridge to the future* [Bioética: puente hacia el futuro]. En el año 1971, el autor publicó una compilación de artículos donde afirma:

La humanidad necesita urgentemente una nueva sabiduría que brinde el “conocimiento de cómo usar el conocimiento” para la supervivencia del hombre y para mejorar la calidad de vida. [...] Una ciencia de la supervivencia debe ser más que solo ciencia, y por eso propongo el término *Bioética* para enfatizar los dos ingredientes más importantes para lograr la nueva sabiduría que se necesita con tanta urgencia: el conocimiento biológico y los valores humanos².

En la visión de Potter, una ciencia sin valores humanos podría conducir a un mal uso del conocimiento en detrimento de la vida en general. Potter no estaba lejos de la verdad. El avance de los conocimientos científico-técnicos y las atrocidades cometidas en los campos de concentración nazi (Juicios de Nuremberg) o en los estudios sobre la sífilis en poblaciones afroamericanas de Estados Unidos (Tuskegee), entre otros ejemplos, daban prueba de la capacidad de hacer daño que tiene una práctica científica divorciada de los valores éticos. Resulta evidente que no todo lo técnicamente posible es éticamente plausible.

La ebullición de las posibilidades científico-técnicas y de los cambios culturales a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, traían consigo una cantidad ingente de preguntas que la ética tradicional parecía no poder responder de manera adecuada. Esto, conjugado con el contexto liberal de los países en los que surgían estas preguntas, condujo a un necesario énfasis

en el “respeto de la autonomía” del paciente para que no se cometieran abusos en la práctica clínica y en la investigación científica. También trajo como consecuencia práctica la obligatoriedad del “consentimiento informado” del paciente, antes de someterse a un tratamiento médico o participar de una investigación. Ambas propuestas quedaron consagradas en el *Informe Belmont* de 1979³ y en la obra de Tom Beauchamp y James Childress⁴. Podríamos afirmar, de manera general y apresurada, que con esto se dio inicio a la influyente bioética principialista y, también, a la consagración del giro que centró el ejercicio de la bioética en los problemas de la investigación y la práctica médica.

La bioética principialista propone cuatro principios básicos que ayudan al discernimiento ético de los problemas que se presentan, estos son: el “respeto de la autonomía”, la “beneficencia”, la “no maleficencia” y la “justicia”. A nuestro modo de ver, el problema de estos principios no es que sean incorrectos en sí mismos, sino que, en el modo en que lo han definido Beauchamp y Childress, la autonomía se transforma en el principio rector que define y condiciona a los otros tres. Resulta claro que el principio de respeto a la autonomía no debe descartarse, al contrario, necesitamos que se vele por él, pero debemos ser conscientes de que su acentuada centralidad coloca a la bioética bajo la sombra de la ética individual.

Para poner un ejemplo, un estudio realizado por Henk Ten Have, titulado *Vulnerability: challenging bioethics*⁵, indica que el concepto de vulnerabilidad se ha parcializado, arrastrado por el principio de autonomía, hacia una definición que la considera como “incapacidad de proteger el propio interés”. Sin embargo, los acuerdos internacionales o los estudios sobre salud pública entienden la vulnerabilidad desde los mecanismos sociales que conducen a ciertas poblaciones a situaciones de riesgo en términos de salud, lo que presu-

1 Bioeticista. Profesor del Instituto Superior Bonó, Rep. Dominicana. Cursante del Doctorado en Filosofía y Bioética en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid, España. Artículo originalmente publicado en Acento, el 04/05/2020. Extraído de <https://acento.com.do/2020/opinion/8812576-boetica-pandemia-y-exclusion-social/>. Este artículo es una adaptación de la ponencia “Bioética, pandemia y exclusión social” que presentó el autor vía Zoom, el 23/04/2020, por invitación de la Comisión Nacional de Bioética de República Dominicana.

2 Potter, Van Rensselaer (1971): *Bioethics: bridge to the future*. New Jersey: Prentice-Hall, 1-2.

3 Informe extraído de http://www.conbioetica-mexico.salud.gob.mx/descargas/pdf/normatividad/normatinternacional/10_INTL_Informe_Belmont.pdf

4 Beauchamp, Toms y Childress, James (1979): *Principles of Biomedical Ethics*. New York, Oxford University Press.

5 Ten Have, Henk (2016): *Vulnerability: challenging bioethics*. New York.

No se trata, pues, de rastrear soluciones solo para el empoderamiento individual, como los que buscaría una respuesta liberal desde el principio de autonomía, sino de buscar respuestas desde la justicia social que hagan frente a las problemáticas colectivas y, por tanto, se infiere que dicha respuesta ha de ser desde estructuras políticas, comunitarias o de Estado

pone una comprensión de la vulnerabilidad en términos de justicia.

En América Latina y el Caribe, tenemos un alto número de personas que viven en vulnerabilidad por factores sociales, culturales y económicos, por lo que su situación sobrepasa lo individual y exige una respuesta responsable y articulada desde los estamentos comunitarios, sociales y gubernamentales. De cara al mejoramiento de la vida de las personas afectadas por la pobreza, la exclusión social y la desigualdad, supone mirar las estructuras que provocan que una población determinada no pueda

gozar de la salud que podría tener si tuviera todas las oportunidades que su ambiente amerita.

No se trata, pues, de rastrear soluciones solo para el empoderamiento individual, como los que buscaría una respuesta liberal desde el principio de autonomía, sino de buscar respuestas desde la justicia social que hagan frente a las problemáticas colectivas y, por tanto, se infiere que dicha respuesta ha de ser desde estructuras políticas, comunitarias o de Estado. En este sentido, la propuesta ha de ser la de considerar la vulnerabilidad como posibilitadora de un discurso ético de responsabilidad, que conduzca a la solidaridad y al bien común. Autonomía, por supuesto, pero también justicia social. Henk Ten Have afirma:

Personas que están viviendo en condiciones de pobreza, privación, hambre, opresión y corrupción, no son vulnerables como resultado de sus decisiones individuales, ellos son marginalizados incluso si ellos son personas totalmente autónomas. [...] Aquí el argumento es que la justicia solo puede ser restaurada en un nivel más sistemático, a través de un enfoque institucional⁶.

Creo que es oportuno recordar el artículo 14 de la Declaración Universal sobre Bioética y Derechos Humanos, promulgada por la Conferencia General de la UNESCO en 2005:

1. La promoción de la salud y el desarrollo social para sus pueblos es un cometido esencial de los gobiernos, que comparten todos los sectores de la sociedad. 2. Teniendo en cuenta que el goce del grado máximo de salud que se pueda lograr es uno de los derechos fundamentales de todo ser humano sin distinción de raza, religión, ideología política o condición económica o social, los progresos de la ciencia y la tecnología deberían fomentar: a) el acceso a una atención médica de calidad y a los medicamentos esenciales, especialmente para la salud de las mujeres y los niños, ya que la salud es esencial para la vida misma y debe considerarse un bien social y humano; b) el acceso a una alimentación y un agua adecuadas; c) la mejora de las condiciones de vida y del medio ambiente; d) la supresión de la marginación y exclusión de personas por cualquier motivo; y e) la reducción de la pobreza y el analfabetismo⁷.

Según lo anterior, es importante tener presente, en nuestras discusiones bioéticas en torno a la pandemia del COVID-19, la perspectiva de la exclusión social. Esta va más allá de la pobreza y se comprende desde un carácter estructural que hace referencia a los que quedan fuera, de una manera u otra, del bienestar general y que pone en entredicho la condición misma de ciudadanos de las personas que la sufren.

Esther Raya, socióloga española, destaca tres zonas en las que se puede encontrar un individuo dentro de una sociedad. La primera, la “zona de integración”, en la que el sujeto tiene un empleo estable que le permite consumir bienes sociales, se encuentra protegido de riesgos y puede participar de los valores culturales de su entorno. La segunda es la “zona de vulnerabilidad”, en la que la inestabilidad, la precariedad laboral y la frágil configuración de las relaciones sociales pone en riesgo su participación como ciudadano social. Y, por último, Raya identifica la “zona de exclusión” en la que los sujetos no tienen trabajo y sufren de aislamiento social, acentuándose así la marginalidad y la inseguridad ante la ausencia de protección social⁸.

6 Op. Cit. p. 131

7 Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) (19/10/2005): “Declaración Universal sobre Bioética y Derechos Humanos”. Extraído de http://portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID=31058&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html (20/04/2020)

8 Raya Díez, Esther (2006): *Indicadores de exclusión social. Una aproximación al estudio aplicado de la exclusión*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, pp. 32-33.

Muchos latinoamericanos y caribeños se encuentran en la zona de vulnerabilidad y exclusión. Esto no debe ser indiferente a nuestro modo de enseñar y hacer bioética en estos contextos. En este sentido, a nuestro modo de ver, la bioética debe cuidarse de no caer en la tentación de ceñirse al área clínica ni al de la alta experimentación científica, sino que deberá ayudar a formular políticas públicas, a hacer incidencia política y sostener intelectualmente a movimientos sociales que busquen la justicia social y el acceso a las oportunidades para todos.

Insisto, considero que la bioética en Latinoamérica y el Caribe, en medio de la incidencia de esta pandemia, puede aportar a la bioética global una mirada más amplia que le infunda un nuevo impulso, atendiendo a una población y a unos desafíos que quedan muy olvidados por los enormes problemas que surgen de la investigación científica de última generación, y por los dilemas contemporáneos de la práctica médica. No debemos olvidar lo que Jutta Wester llama “la cuasisuspensión de la ética a causa de contextos de pobreza”⁹. Esto no podemos permitirlo y mucho menos fomentarlo. Hay intentos interesantes desde el contexto latinoamericano: la bioética de intervención (Garrafa), la de protección (Kottow) o la de los Derechos Humanos (Tealdi). Debemos continuar aportando en esta línea.

Considero que la bioética hoy, desde los contextos de pobreza, desigualdad y exclusión social en los que vivimos en América Latina, puede ser un agente importante de transformación social y de ayuda a la toma de decisiones desde la justicia como equidad. A partir de esta afirmación, comparto las siguientes preguntas:

¿Es tiempo de una bioética de la pobreza y la exclusión social?, ¿los desafíos sociales que se hacen más evidentes con la incidencia de la pandemia del COVID-19 harán que la bioética latinoamericana, si centra sus esfuerzos en la justicia social, adquiera una mayor incidencia global?

Se ha escuchado, desde hace muchos años, que América Latina es uno de los continentes más desiguales, los pronósticos ante la pandemia, según la CEPAL¹⁰, es que se sumarán 29 millones de pobres en

esta región. Es decir, de 186 millones de pobres en 2019 se pasará a 214,7 millones este año y, dentro de esta cifra, aquellos que viven en pobreza extrema irán de 67,5 millones a 83,4 millones. No hablamos de cifras, sino de vidas humanas, de personas. ¿La bioética se prepara para incidir en las políticas públicas de tal manera que la pobreza no signifique pérdida de los derechos ciudadanos?, ¿estaremos ahí en la formulación de un rescate solidario y socialmente responsable de la economía?

O más concretamente, ¿cómo nos desplegaremos, desde la bioética, en las imprescindibles tareas de educación, defensa de los derechos sociales y en la creación de criterios claros y socialmente responsables para la atención médica en medio de esta pandemia?

El contexto social en el que vivimos afecta la manera en que nos comprendemos a nosotros mismos y el modo en que evaluamos la realidad de nuestro entorno. Además, condiciona las respuestas a nuestras preguntas existenciales y los dilemas morales que se nos presentan. Esta obviedad ha de ser constantemente recordada en el ejercicio de la ética general y de la bioética. Esto porque, para dar respuestas acertadas y oportunas, la bioética ha de estar encarnada en la realidad desde donde reflexiona, sabiendo equilibrar riquezas y falencias, posibilidades y límites. De otro modo, las respuestas de la bioética han de ser situadas, es decir, contextualmente responsables. Quizás, las respuestas a las preguntas antes mencionadas, se transformarán en tareas para los que nos dedicamos a la bioética. Si es así, cuenten conmigo.

El contexto social en el que vivimos afecta la manera en que nos comprendemos a nosotros mismos y el modo en que evaluamos la realidad de nuestro entorno. Además, condiciona las respuestas a nuestras preguntas existenciales y los dilemas morales que se nos presentan.

⁹ Wester, Jutta (2008): “Responsabilidad en contextos de pobreza”, en *Diccionario Latinoamericano de Bioética*, por Juan Carlos Tealdi (Ed.). Bogotá: UNESCO-Universidad Nacional de Colombia p. 517.

¹⁰ Ver <https://www.cepal.org/es/temas/covid-19>

UNA IGLESIA ABIERTA, ACTIVA Y SOLIDARIA



Inés Aray¹

Unidos es mejor desde una colaboración estrecha e incluyente

Ciertamente, hay una gran tentación de asumir lógicas unilaterales y aisladas ante la complejidad de lo que estamos viviendo como personas y organizaciones. En efecto, ante las alternativas de huir, resignarnos e imponernos ante los otros, queda la opción de la colaboración: entendida como un movimiento consciente para implicarnos y ofrecer la mente, el corazón y las manos para abordar una solución que no puede ni debe asumirse de manera individual.

En este sentido, desde hace algún tiempo, se ha procurado aglutinar a las organizaciones sociales que hacen vida en Maturín, en la Red de Acción Social de la Iglesia (RASI), desde una estrategia común que ha venido incorporando a actores de la Diócesis de Maturín (Pastoral Social), Cáritas Maturín, la AVEC, el Movimiento Juvenil Cristiano Huellas, Fe y Alegría (Oficina Zonal), la Comunidad Jesuita en Maturín y el Centro Gumilla (Coordinación de Formación de Monagas).

Ver la realidad de lo que pasa nos afecta y nos desinstala

Asumir nuestro contexto en Monagas, y concretamente en Maturín, pasa por entender que ya venimos de una emergencia humanitaria compleja donde los más vulnerables han sufrido y seguirán sufriendo como consecuencia de carecer de los elementos mínimos para una vida digna.

En el caso de Monagas, pese a que las últimas cifras indican que sólo se ha tenido un caso con COVID-19 (según los organismos públicos de salud), ello nos coloca en un contexto organizacional de gran vulnerabilidad operativa y la necesidad de trabajar juntos como obras sociales.

Según los datos que manejan los organismos humanitarios, Monagas cuenta con 1.031.761 habitantes repartidos en 13 municipios y 72 parroquias civiles con índice de vulnerabilidad del 41,6%, lo que la ubica en el puesto 10 de zona prioritaria para las acciones humanitarias (Fuente: OCHA), mostrando niveles preocupantes en el acceso a la educación, la falta de protección social, problemas de nutrición, soberanía alimentaria, así como una crisis severa en términos de agua, saneamiento e higiene. Por otra parte, las recientes limitaciones de transporte, como consecuencia de la falta de gasolina, han complicado las cosas en los municipios más poblados como es el caso de Maturín, lo cual evidentemente restringe y afecta la acción de todas las organizaciones sociales de la Iglesia.

aunque muchas organizaciones no se han detenido a pensar qué es lo que conviene hacer y cómo prepararse ante las contingencias, las organizaciones sociales de la Iglesia están invitadas a leer y discernir, en sus fundamentos, las claves de actuación más factibles y que hagan justicia a la realidad que se impone

¹ Responsable Centro Gumilla Monagas y Coordinadora Red de Acción Social de la Iglesia, Capítulo Monagas, Venezuela. Texto escrito con la colaboración del P. Manuel Gerónimo Sifuentes (Director Cáritas Maturín) y el Lic. Yolmer Meza (Director Zonal Fe y Alegría Oriente). Publicado en la Revista SIC, el 06/05/2020. Extraído de <http://revistasic.gumilla.org/2020/templos-y-centros-cerrados-pero-una-iglesia-abierta-activa-y-solidaria/>

Juzgar a partir de criterios válidos para un discernimiento apostólico

Ahora bien, aunque muchas organizaciones no se han detenido a pensar qué es lo que conviene hacer y cómo prepararse ante las contingencias, las organizaciones sociales de la Iglesia están invitadas a leer y discernir, en sus fundamentos, las claves de actuación más factibles y que hagan justicia a la realidad que se impone.

Hoy, más que nunca, vale la pena comprometerse con lo que plantean los *Estatutos de la Red de Acción Social de la Iglesia*, sobre asumir el trabajo en red como una relación y labor articulada para promover la paz, la convivencia y el desarrollo local. Todo ello desde el horizonte de la *Doctrina Social de la Iglesia*, que lleve al respeto de la dignidad de la persona humana, el bien común, la subsidiariedad y solidaridad.

Por otra parte, estos criterios deberían complementarse con los protocolos de actuación humanitaria, de manera tal que se garantice el cumplimiento de unas normas mínimas para aliviar el sufrimiento, brindar asistencia y protección, en razón del derecho que tienen las personas a una vida digna.

Actuar juntos, empezando por lo pequeño y haciéndolo rápido

todo este espíritu de colaboración nos impulsa a vencer miedos, agendas propias y limitaciones para procurar como organizaciones de Iglesia ver lo que pasa, juzgando lo que puede y debe hacerse para actuar unidos de manera integrada, “en una alianza social desde los que tienen y pueden; los que saben y los que necesitan”

La situación ha demostrado que la mejor manera de colaborar es sobre la base de asuntos concretos. En este sentido estas organizaciones se han articulado para trabajar en iniciativas como el apoyo de la “Campaña Compartir” en torno al agua, junto al aporte de algunos gremios profesionales (como los Planificadores del Colegio de Ingenieros del Estado Monagas), la creación de grupos de voluntarios para asistir en la pandemia, así como el acompañamiento pastoral y formativo de los integrantes de las obras y sus colaboradores, en es-

pacios de hogar que han pasado a convertirse en Iglesias domésticas.

Evidentemente, todo este espíritu de colaboración nos impulsa a vencer miedos, agendas propias y limitaciones para procurar como organizaciones de Iglesia ver lo que pasa, juzgando lo que puede y debe hacerse para actuar unidos de manera integrada, “en una alianza social desde los que tienen y pueden; los que saben y los que necesitan”. A continuación, se compar-ten algunas experiencias bajo esta lógica y en distintos niveles.

1. A nivel del trabajo en red: al inicio de la pandemia surgió la necesidad de dotar de tapabocas (EPS) a los equipos en labores de alimentación. Como las organizaciones no tenían para comprarlos, desde una estrategia de responsabilidad social empresarial, organizaciones aliadas recurrieron a empresas privadas para que donaran la tela. Posteriormente, se pidió a costureras pertenecientes a las pequeñas comunidades cristianas, que elaboraran los tapabocas con la tela conseguida en las donaciones. Finalmente, gracias al aporte de todas las madres cuidadoras de los colegios de Fe y Alegría y los equipos de Alimentación de Cáritas, se pudo contar con tapabocas que permitieron seguir la labor de alimentar a los más vulnerables.

2. A nivel de escuelas y educación a distancia: Fe y Alegría ha atendido a 1.062 de los 2.238 estudiantes de sus dos escuelas en Maturín (Padre Luis Antonio Ormieres en la Murallita y Ángel de la Guarda en Sabana Grande) a nivel educativo y alimentario. Y está generando estrategias con aliados, en cada zona, para llegar al resto de los niños escolarizados y sus familias, quienes lamentablemente no tienen acceso a tecnologías y comunicaciones, por lo que no han podido ser asistidos. Complementariamente, el IRFA, desde la emisora 105.9 FM, realiza un trabajo educativo y periodístico para alimentar la programación y llevar adelante los procesos administrativos, informativos y educativos, desde el trabajo en casa de los equipos, tanto radiales como formativos. Por otra parte,

la AVEC Seccional Barcelona Maturín, mantiene informados a los 16 centros educativos en Maturín, así como a los afiliados no subvencionados, de los lineamientos educativos y administrativos oficiales e institucionales para el aprendizaje en casa, y alimenta a los equipos directivos con cápsulas, subsidios espirituales, lecturas y links para el auto-aprendizaje, desde una opción preferencial por la interiorización de la palabra de Dios, la oración, la reflexión y vivencia de los valores del evangelio en familia.

3. **A nivel de acciones de solidaridad y atención de la vulnerabilidad:** Cáritas sigue llevando adelante su Programa Vivero (para la atención de niños de 0 a 5 años en riesgo de desnutrición); así como las ollas comunitarias (para personas en condición de vulnerabilidad), ampliando incluso su red de acción en 14 sectores con dos ollas comunitarias por lugar. Por su parte, a nivel de voluntariado y acompañamiento juvenil, el Movimiento Juvenil Cristiano Huellas, desde la cuaresma y la Semana Mayor, ha acompañado a los jóvenes y ha venido impulsando un proceso de evangelización web para los huellistas y los campistas (durante la Semana Santa); además, sigue ofreciendo herramientas para el desarrollo de los itinerarios formativos por las redes sociales, para generar un compartir comunitario y familiar que propicie la convivencia y la interiorización, integrando el uso de las tecnologías y las alianzas naturales con Fe y Alegría. Finalmente, a nivel de acompañamiento social, el Centro Gumi-lla en Monagas ha contribuido con acompañamiento, formación y socialización de temas pertinentes en el contexto (info-ciudadanía, manejo de protocolos para abordar la crisis, orientaciones para voluntarios).

La Red de Acción Social de la Iglesia como signo superador de lo que acontece

En cualquier caso, aunque no contemos con todos los recursos, posibilidades y operatividad, lo que venimos haciendo ha implicado un proceso de conversión

personal y organizacional ante lo que está aconteciendo. Lo cual, si se canaliza, se sistematiza y se hace visible, puede servir de un modo superador para inspirar a otros actores en las comunidades, en las organizaciones y en la sociedad.

Todo ello desde una lógica y talante de colaboración más estrecho y fraterno que vaya más allá de lo convencional. No solo trabajar juntos por la evidente familiaridad y afinidad que tenemos por ser obras de la Iglesia, sino ahondar en la colaboración incorporando cada vez a más actores, cuyo principal requisito sea una visión compartida sobre el bien común y la conciencia de que trabajar juntos por los más necesitados es mejor que hacerlo individualmente.

Ahora bien, asumir cristianamente lo que sucede en lo personal y en lo organizacional pasa por una vida de recogimiento, reflexión y oración, de manera tal que las palabras sean oportunas y la acción sea efectivamente expresada en clave de servicio y solidaridad. Sumado a ello, hoy más que nunca se requiere mostrar iniciativas que muevan a otros también a actuar, y se puedan vencer dinámicas de desesperanza, miedo e individualismo. Quizá las buenas prácticas sean una luz en el camino para aquellos que buscan alternativas.

Finalmente, consideramos que la coherencia entre lo que pensamos, decimos y hacemos nos permitirá ampliar el campo de actuación, no sólo de una coalición de los “nuestros”, sino abrirnos a muchos otros que, al ser vistos con ojos de misericordia, fraternidad y respeto, se sentirán invitados a colaborar bajo la premisa de que todos estamos afrontando las mismas dificultades, necesidades, incertidumbres, pero también los mismos anhelos, las mismas búsquedas, los mismos fines, en razón de mitigar, transformar y reconstruir al país, al Estado y a la ciudad durante y después de la pandemia.

No solo trabajar juntos por la evidente familiaridad y afinidad que tenemos por ser obras de la Iglesia, sino ahondar en la colaboración incorporando cada vez a más actores, cuyo principal requisito sea una visión compartida sobre el bien común y la conciencia de que trabajar juntos por los más necesitados es mejor que hacerlo individualmente.

APRENDER en tiempos de PANDEMIA

Jorge Cela Carvajal, S.J.¹

Dicen que no se valora lo que se tiene hasta que se pierde. Y ese es nuestro mayor peligro presente: desde las estrecheces del confinamiento añorar los tiempos perdidos, como si no fueran en gran medida responsables de la crisis. Tenemos el riesgo de vivir el síndrome del éxodo, añorando los ajos y cebollas de Egipto cuando tenemos la oportunidad de caminar hacia la libertad. No miremos atrás con nostalgia de lo perdido. Tendremos el peligro de incapacitarnos para avanzar hacia la novedad que nos salva, como la mujer de Lot. Soñemos con el futuro diferente. Es el tiempo de nuestra oportunidad. No busquemos recuperar el pasado. Aprovechemos para dar el salto hacia adelante.

Vivimos en un mundo dividido: entre hombres y mujeres, izquierda y derecha, creyentes y ateos, blancos y negros, ricos y pobres, nacionales y extranjeros, ... Tenemos fronteras para separarnos del otro, que es peligroso. Pensábamos que la manera de protegernos era levantar muros y verjas, cerrar puertas a los que no fue-

ran de los nuestros. Cuando se deterioró la educación porque no quisimos pagar el costo de su universalidad, creamos colegios privados. Cuando los hospitales no pudieron mantener la calidad al aumentar sus servicios, creamos clínicas privadas para garantizar nuestra salud. Crear instituciones privadas para protegernos de los otros. Cuando la policía se corrompió, creamos guardas privados para proteger nuestras vidas y propiedades y cerramos nuestros vecindarios. Cuando los migrantes nos invadieron en busca de vida, levantamos muros para excluirlos de nuestro bienestar. Pero no pudimos evitar vivir en un mundo sin educación que nos arrojó; ni pudimos escapar de habitar ciudades violentas; ni escondernos de la muerte; ni producir sin el trabajo de los migrantes; ni defendernos de un virus que atravesaba puertas, clases y nacionalidades.

Somos parte de una humanidad que no puede encerrarse en burbujas asépticas. Los botes salvavidas no llegan a puerto. O nos salvamos todos o nos hundi-

1 Coordinador de la Red de Centros Sociales, Cuba.

mos todos. El deterioro ecológico nos lo está advirtiendo, pero demasiado progresivamente como para que le hagamos caso. Ha tenido que venir una pandemia de extrema agresividad para que descubramos que si el mundo se para, todos padecemos. Y el mundo sólo funciona si todos nos involucramos. Jugábamos a hacer huelgas de unos días, pero las levantábamos porque todos sufrían, y algunos tenían menos para resistir. Pero ahora no podemos decidir hasta cuándo. El virus nos ha hecho sentir nuestra interdependencia no reconocida ni pagada. Si todos no cooperan no hay forma de detener el virus. ¿Cómo expresar esta interdependencia en nuestras formas de organizar el trabajo, el poder, nuestras relaciones, la economía, los servicios públicos, el reparto de la riqueza producida?

Añoramos una unidad que no borre nuestras identidades, que no se convierta en uniformidad, que respete la diversidad de nuestras identidades. Las tecnologías vinieron a conectarnos. Nos enseñaron a aprender por colaboración, a trabajar en redes que nos conectaban en nuestra diversidad. Descubrimos que lo importante no es acumular conocimientos, dinero, poder, sino conectarnos bien. Pero nosotros seguimos siendo consumidores individuales, obsesionados por el consumo, tratando de ganar por acumulación y no por conexión. Para tener más, evitamos compartir. Menos impuestos para tener cuentas bancarias mayores. Ahora un virus nos separa de nuevo. Nos aísla. Nos incomunica. Las palabras que nos unen las oculta en la mascarilla. Nos prohíbe el abrazo y esteriliza nuestros contactos. Nos hace sentir la orfandad de nuestra soledad encerrada, aunque la jaula sea de oro. Y nos revela que nadie se salva solo, que si todos no nos protegemos nadie estará seguro, por más muros que levante o puertas que cierre. Todos necesitamos de todos para crear un mundo seguro. Lo único que nos salva es la solidaridad. Nuestras vidas dependen de quienes generosamente estén dispuestos a arriesgar la suya por nosotros. De quien se ofrece a dar la suya como grano de trigo que cae en tierra y muere para dar fruto. Necesitamos de los maestros, el personal sanitario, los que protegen nuestras vidas, los que producen nuestros alimentos, los que hacen funcionar el mundo en que vivimos. Necesitamos darles nuestro aplauso cada noche, las posibilidades de hacer su trabajo con seguridad, el estímulo de recibir su paga justa. Necesitamos unos de otros. Pero nuestras formas de organizar la sociedad

no lo reconocen. Siguen protegiendo el afán de lucro, de acumulación, sobre el espíritu de solidaridad y el reconocimiento de nuestra interdependencia. Seguimos defendiendo lo mío a costa de lo nuestro. Seguimos queriendo menos impuestos, aunque impliquen menos servicios públicos. Seguimos queriendo que los salarios sean regidos por la ley de la oferta y la demanda y no por el justo reconocimiento a un servicio necesario. Que la pandemia nos enseñe a organizar la economía y el poder de otra manera en la casa, en el mercado, la Iglesia, la nación y la comunidad internacional.

Las torres gemelas son el símbolo de nuestra inseguridad. El terror nos puede sorprender en cualquier lugar. La inseguridad de las calles nos hace temer la soledad, lo desconocido. La violencia entra hasta en la intimidad de los hogares. El miedo se nos instala como compañero de camino. Y cuando no tenemos enemigos los inventamos para justificar nuestra intransigencia y nuestra represión. Aprendimos a protegernos aislándonos, alejando a los diferentes de nuestro entorno, buscando poder que nos proteja, que nos haga más fuertes que los otros, que nos defienda de los múltiples fantas-

mas enemigos. La pandemia irrumpe en nuestras vidas creando pánico. Cuando muere el vecino, cuando el amigo da positivo, cuando se llevan toda una familia, cuando las calles quedan desiertas, cuando en la televisión nos dan los números de los fallecidos, el pánico se apodera de nosotros. Y descubrimos que cuando llega, no hay dinero ni poder que salve, solo el amor de quien sirve al enfermo, de quien entrega el respirador, de quien respeta las normas de prevención para protegernos, de quien nos acompaña cuando nos desplomamos agotados del encierro, de quien nos hace cantar, aplaudir, re-

Vivimos en un mundo dividido: entre hombres y mujeres, izquierda y derecha, creyentes y ateos, blancos y negros, ricos y pobres, nacionales y extranjeros, ... Tenemos fronteras para separarnos del otro, que es peligroso. Pensábamos que la manera de protegernos era levantar muros y verjas, cerrar puertas a los que no fueran de los nuestros

zar para olvidar el miedo. Y descubrimos que sólo el amor salva. El amor de quien se arriesga a servir hasta la cruz. Que la pandemia no nos enseñe a encerrarnos más en mi casa, mi círculo, mi clase. Que nos enseñe a compartir, a participar, a servir. Que haga del voluntariado la forma ciudadana de vivir.

Dicen que conocemos mejor al presentador de televisión o la cantante de moda que al vecino de al lado. Vivimos en un mundo de extraños, donde sospechamos de todos: de la que lleva la cabeza envuelta en un turbante, del que lleva un peinado punk, del que anda andrajoso por la calle, del que tiene ideas peligrosas, del que puede ser un pederasta. Al conectarnos aprendimos a tener amigos de otros países, a comunicarnos con desconocidos, a descubrir que los diferentes son también humanos y sensibles, a dismantlar prejuicios que llevábamos tatuados por generaciones. Y de buenas a primeras percibimos en quien se nos acerca que puede ser un portador del virus, y comenzamos a tomar distancia de todos. Hasta de los más cercanos. El abrazo efusivo se hace gesto distante. El beso se convierte en una mirada temerosa. Se evitan las palabras que pueden portar el virus al pronunciarlas. Pero empezamos a fijarnos en los más ancianos, en los más débiles, en los más desprotegidos. Los hasta ahora desechables, que no eran el centro de ninguna mirada, son ahora sujetos de nuestro cuidado. La mirada, a pesar del miedo, se nos hace compasiva. Quizá porque sospechamos que, si ellos se salvan, nosotros nos salvamos. Y recordamos que lo que hicieron a uno de estos pequeños... Que la pandemia ni nos haga más desconfiados, ajenos, sino que nos enseñe a construir relaciones desde la transparencia y la confianza, a dar los buenos días y una sonrisa a todos, a disfrutar del don de la vida que amanece cada día con cuantos nos rodean, aunque sean diferentes.

Las fronteras son una herida sangrante de nuestro mundo. Ellas representan el límite de nuestra libertad, el cierre del horizonte, la tierra prohibida, la condena a la exclusión. Para los que nacimos en una isla, la frontera es un mar que nos incomunica. El sueño está siempre más allá de esa frontera que nos retiene. El mundo moderno ha ido rompiendo fronteras: geográficas, culturales, científicas, ... Hemos llegado a tierras prohibidas, hemos transgredido fronteras saltando vallas, rompiendo prejuicios, cambiando culturas y le-

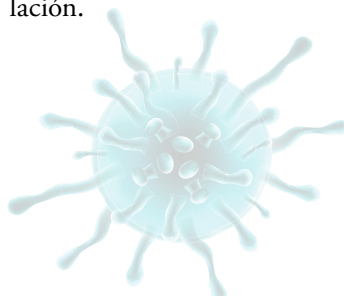
yes ancestrales.

La creatividad y la innovación parecían haber deshecho todos los límites. Y aunque muy dolorosamente, los pueblos aprendimos a cruzar fronteras. Pero vino el virus corona que transgredió todas las fronteras y se expandió rápidamente, con agresividad, por todo el mundo. No respetó naciones, culturas, edades,

género, religiones. No pidió permiso, ni sacó visa. Y pareció justificar las fronteras cerradas. Pero en realidad nos reveló que, por más barreras que levantemos, somos uno, un solo cuerpo que responde al mismo virus. Somos del mismo barro, comemos el mismo pan y bebemos el mismo vino. Estamos llamados a ser un pueblo, su pueblo y que Él sea nuestro Dios. Necesitamos, todos, la misma vacuna. Tenemos que repensar nuestros conceptos de nación y frontera y aprender a pensar en "un mundo uno", en la gran familia de Dios.

El reto es aprender para no volver atrás, sino saltar adelante. Necesitamos reunirnos para juntos reflexionar esta experiencia y sacar conclusiones que nos ayuden a caminar hacia la novedad de un mundo mejor preparado para enfrentar las pandemias. Que las empresas, los centros educativos, las iglesias, los gobiernos, los medios de comunicación promovamos la reflexión compartida, la búsqueda colaborativa de nuevos caminos. Que no volvamos a reconstruir los viejos modos de proceder. Que nos reencontremos para repensarnos, para innovar nuestras formas de relación.

Añoramos una unidad que no borre nuestras identidades, que no se convierta en uniformidad, que respete la diversidad de nuestras identidades. Las tecnologías vinieron a conectarnos. Nos enseñaron a aprender por colaboración, a trabajar en redes que nos conectaban en nuestra diversidad. Descubrimos que lo importante no es acumular conocimientos, dinero, poder, sino conectarnos bien.



CUARENTENA, AMBIENTE Y DESARROLLO SOSTENIBLE

Joaquín Benítez Maal¹



Al poco tiempo de haberse iniciado la cuarentena comenzaron a circular por las redes y medios de comunicación fotos y videos de animales silvestres en ciudades; lo que se ha dicho es que esto ocurre como consecuencia de la desmovilización de las personas. Igualmente han circulado imágenes y artículos que registran disminución de las emisiones de Gases de Efecto Invernadero (GEI) por la paralización del transporte público y de algunas actividades industriales. Si bien ya han sido desmentidas algunas de estas imágenes y hechos reseñados, hay que decir que es cierto que la impactante desmovilización de la humanidad debido a las medidas de aislamiento social adoptadas por muchos países, ha favorecido tanto el tránsito de animales silvestres a sitios no usualmente visitados por estas especies como la disminución de la emisión de GEI.

Ambos hechos pueden resultar llamativos y además generar falsas expectativas sobre el “renacer de la naturaleza” o “la descontaminación del mundo” pues, la verdad, es que es posible que no resulte así. Nuestros procesos económicos y sociales, aunque en estos momentos de pandemia y cuarentena están siendo muy afectados y sometidos a enormes tensiones, son muy resilientes en cuanto a su relación con el ambiente. Y es altamente probable que una vez superada esta crisis, las urgencias

¹ Joaquín Benítez Maal. Director de Sustentabilidad Ambiental de la Universidad Católica Andrés Bello, Caracas-Venezuela. Artículo originalmente publicado en *El Ucabista* el 03/04/2020. Extraído de <https://elucabista.com/2020/04/03/cuarentena-ambiente-y-desarrollo-sostenible>

Nuestros procesos económicos y sociales, aunque en estos momentos de pandemia y cuarentena están siendo muy afectados y sometidos a enormes tensiones, son muy resilientes en cuanto a su relación con el ambiente

Las imágenes y noticias sobre “el respiro al planeta” hacen pensar a algunas personas en un “sentido de la pandemia”; pero lo sustantivo en cuanto a esta experiencia tiene que ver con el aprendizaje que hagamos, con tratar de entender que está pasando y por qué ocurre

por lograr la reactivación de la economía y la normalización social impliquen el “restablecimiento” de los mecanismos y procesos que afectan, de manera cada vez más preocupante, la sostenibilidad ambiental planetaria, haciendo que se recupere y supere rápidamente el ritmo de afectación

de nuestros ecosistemas y la generación de GEI. Por supuesto que las probabilidades de que este pronóstico se cumpla dependerán en gran medida de las consecuencias finales y de la duración de esta pandemia.

Es importante destacar, adicionalmente, que durante esta paralización (al menos hasta ahora) siguen ocurriendo procesos y actividades que afectan gravemente al ambiente. Si se piensa en las actividades que no se detienen y que siguen generando impactos ambientales, se identifica al menos dos de alta relevancia global: los sistemas de generación de electricidad que dependen de la quema de combustibles fósiles, por un lado, y la generación y el manejo de residuos sólidos urbanos, por otro; estas actividades no se paralizan por la cuarentena y, además, son fundamentales para el éxito de la misma.

En nuestro país (Venezuela), a manera de breve e incompleto “sinventario”, hay que mencionar dentro de este grupo de actividades, foco de destrucción ambiental, las que se desarrollan en el Arco Minero del Orinoco que, aunque afectadas por la escasez de gasolina y probablemente en un futuro muy cercano por la pandemia, no se han detenido. Por su parte, la basura que continúa generándose en nuestras ciudades seguirá recogiéndose mientras la escasez de gasolina no afecte la capacidad de recolección, ya de por sí mermada por la crisis económica y de insuficiente cobertura. La basura recogida continúa siendo arrojada en botade-

ros a cielo abierto, ya que la gran mayoría de nuestros centros urbanos no dispone de rellenos sanitarios; y los programas de reciclaje y reúso son de poca incidencia en la disminución de los volúmenes de desechos que se manejan, y no evitan que los residuos y desechos continúen contaminando y afectando la salud de las personas. También hay que destacar, en este breve inventario, que nuestras ciudades siguen contaminando las aguas que utilizan, así como los cursos y cuerpos de agua a su alrededor.

Las imágenes y noticias sobre “el respiro al planeta” hacen pensar a algunas personas en un “sentido de la pandemia”; pero lo sustantivo en cuanto a esta experiencia tiene que ver con el aprendizaje que hagamos, con tratar de entender que está pasando y por qué ocurre, así como con estudiar tanto las reacciones como las decisiones que se han tomado y se seguirán tomando, y sus consecuencias.

La pandemia y la cuarentena han colocado en situación de verdadera y extrema tensión de alcance global a las sociedades y a la economía, mientras que el ambiente planetario ha experimentado, hasta ahora, y como expresábamos más arriba, una ligera relajación de las fuerzas que lo presionan ¿es esto sostenible?

Recordemos que el Desarrollo Sostenible se logra en la medida en que lo social, lo económico y lo ambiental sean todos sostenibles y se equilibren. En la pandemia esto no ha ocurrido, y de prolongarse mucho más la paralización social podríamos enfrentar escenarios muy complicados, esta vez no sólo relacionados con la crisis ambiental.

La pandemia y la cuarentena han colocado en situación de verdadera y extrema tensión de alcance global a las sociedades y a la economía, mientras que el ambiente planetario ha experimentado, hasta ahora, y como expresábamos más arriba, una ligera relajación de las fuerzas que lo presionan ¿es esto sostenible?

En **BÚSQUEDA** de los **VALORES PERDIDOS**



Álvaro Mendonça Pimentel, S.J.¹

Una de las tareas fundamentales de la filosofía es el análisis o el esclarecimiento conceptual. A menudo, los debates se guían por una comprensión equivocada de la naturaleza de los problemas en cuestión, llevando a una guerra de posiciones extremas, sin esperanza que haya reconciliación entre las partes. Sin embargo, una mirada más cercana podría ser capaz de cancelar la discusión o corregirla. Tomemos un ejemplo que ocupa la actualidad.

Autoridades han sido acusadas de ignorar la opinión de especialistas y opiniones fundamentadas en el conocimiento científico con respecto a la pandemia del COVID-19. Todo sucede como si escuchar esas opiniones fuese suficiente para tomar decisiones correctas en el manejo de la crisis, en el campo político y económico. Podría parecer, a menos que nos equivoquemos, que se afirma que el conocimiento científico es el generador de decisiones ético-políticas y que su desconocimiento conduciría a tomar decisiones inhumanas. Pero ese modo de plantear el problema guarda una ilusión.

De hecho, la ciencia, en nuestro caso las diferentes ramas de la biología y la medicina, estudia los fenómenos de la naturaleza. Nos presenta modelos teóricos capaces de esclarecer cómo se producen estos fenómenos, cuáles son las variables involucradas en su desarrollo, incluido el surgimiento y el cese del objeto estudiado. Así, por ejemplo,

La política es una invención humana y, en su versión más elevada, constituye un espacio compuesto por instituciones bien organizadas, para albergar y cultivar los valores de una sociedad y el ejercicio de las virtudes, sobre todo, la virtud política de la justicia, en la búsqueda ideal del bien común

¹ Profesor del departamento de Filosofía de la Faculdade Jesuita de Filosofia e Teologia (FAJE), Belo Horizonte – Brasil y miembro de la Asociación Brasileña de Filosofía de la Religión. Artículo publicado el 23/04/2020, en <https://www.faculdadejesuita.edu.br/artigo/em-busca-dos-valores-perdidos-23042020-165845>. Traducido al español por Wilfrido Efrain Haro Rivas, S.J.

tenemos algún conocimiento sobre la aparición de ciertos tipos de tumores malignos en nuestro organismo, sabemos cómo se desarrollan generalmente y cómo podemos extirparlos, mientras haya tiempo. Pero ninguno de estos conocimientos es propiamente prescriptivo. La ciencia no nos obliga a curar el cáncer. Se dedica a la atención de pacientes con cáncer, usa todos los medios disponibles para tratarlos, reinsertarlos en la sociedad después del tratamiento y otorgarles ciertos privilegios, como la exención del pago de impuestos. Todas estas decisiones y acciones provienen de un campo de significado diferente al de la ciencia o la tecnología. Este campo se llama ética o moral.

El poder político en nuestra República se divide en ejecutivo, judicial y legislativo, mas constituye un único poder, diferenciado y articulado. Su función es tomar decisiones en los tres ámbitos en que se organiza. En pocas palabras, el legislativo formularía leyes justas, el ejecutivo pondría en práctica políticas dirigidas al bien común que obedecerían las leyes, el poder judicial velaría por el cumplimiento de las leyes y castigaría el incumplimiento de las mismas, todo con la debida proporción y equidad. Pero ni toda la ciencia del mundo produciría ese milagro de la cultura humana llamada política. La política es una invención humana y, en su versión más elevada, constituye un

espacio compuesto por instituciones bien organizadas, para albergar y cultivar los valores de una sociedad y el ejercicio de las virtudes, sobre todo, la virtud política de la justicia, en la búsqueda ideal del bien común. Pero volvamos a nuestro tema.

Es evidente que la ciencia no es suficiente para tomar buenas decisiones políticas; queda claro cuando recordamos la mayor crisis humanitaria de nuestro tiempo,

la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). En aquel momento, los científicos desarrollaron experimentos con humanos en campos de concentración, y millones fueron sacrificados en cámaras de gas y pulverizados en hornos crematorios. El conocimiento de la fisión nuclear fue utilizado para construir bombas atómicas y millones fueron carbonizados o barridos de la tierra en ataques cobardes. Los ejemplos podrían multiplicarse, desafortunadamente. Ambos lados del conflicto estaban repletos de ciencia, pero ninguno respetaba los principios éticos más básicos de nuestra civilización.

Desde entonces, no se puede decir que el mundo se haya vuelto más humano debido al amargo aprendizaje de la guerra. La conciencia de los números de muertos o de los métodos de asesinato empleados no modificó en lo más mínimo la forma como nuestro mundo inhumano se organiza, como lo atestiguan los más de cien millones de personas que todavía sufren hambre y desnutrición en la actualidad, o el genocidio de los pueblos indígenas perpetrados en nuestro país. Dos ejemplos tristes de una lista extensa y pavorosa.

Por lo tanto, si las autoridades no son capaces de tomar decisiones mínimamente humanas en un momento de crisis, esto no se debe a la falta de conocimiento científico, sino que es un problema claramente moral. Además, no debemos cultivar falsas esperanzas al pensar que la crisis que vivimos va a enseñarnos o cómo ella modificará nuestra sociedad para mejorar. Los cambios sociales dependen de valores morales cultivados en todos los niveles de la convivencia humana. El conocimiento científico, por supuesto, nos ayuda en la búsqueda de soluciones, pero la búsqueda no surge puramente y simplemente de la ciencia. En este sentido, diríamos a modo de provocación, que, aunque extremadamente valiosa, ni toda la ciencia (y tecnología) del mundo alcanza el valor de una acción moral. ¿Pero cómo surge la moralidad? Ese podría ser el tema para otro artículo. Por ahora, concluimos que, sin los valores que deberían iluminar el templo de la política, termina convirtiéndose en una oscura guarida de ladrones que se venden a todo tipo de intereses oscuros.

La conciencia de los números de muertos o de los métodos de asesinato empleados no modificó en lo más mínimo la forma como nuestro mundo inhumano se organiza, como lo atestiguan los más de cien millones de personas que todavía sufren hambre y desnutrición en la actualidad, o el genocidio de los pueblos indígenas perpetrados en nuestro país. Dos ejemplos tristes de una lista extensa y pavorosa.

BÚSQUEDA

VALORES PERDIDOS

¿Qué hacen los economistas en la cuarentena?

Juan Felipe Bernal Uribe¹

Aunque siempre ha habido varios tipos de economistas, en las últimas semanas tres de ellos se han exhibido como pocas veces antes. Están los economistas que opinan en los medios escritos, digitales y televisivos: de acuerdo con sus conocimientos y orillas ideológicas, analizan y proponen recomendaciones de política para cada coyuntura. Están los economistas que trabajan en (o de la mano con) los gobiernos nacionales, sirviendo como consejeros y “traductores” ante el público de las decisiones económicas. Finalmente, están los economistas investigadores que raramente se muestran en ambiente que no sea estrictamente académico. Muchas veces más tímidos con sus recomendaciones que los opinadores y consejeros, pueden ser criticados por estar en torres de marfil, ensimismados en modelos y datos, pero alejados del mundo real. Sin embargo, la virtualidad que se nos ha impuesto como consecuencia de las medidas de alejamiento social ha tenido el efecto, para algunos inesperado, de llevar los seminarios de investigación (esos escenarios arcanos en donde se discuten trabajos en desarrollo o recientemente terminados) fuera de los salones de las universidades. Ahora se encuentran en salones virtuales alojados en plataformas como Zoom, Cisco Webex, Google Hangouts, entre otras.

A diferencia de los salones físicos, los virtuales normalmente no se llenan y el tráfico o la distancia geográfica no son excusas para no cumplir con la cita. Economistas de todos los tipos y todos los rincones del planeta pueden encontrarse virtualmente para presentar y discu-

tir sus investigaciones recientes. No es sorprendente encontrar que la casi totalidad de trabajos en curso tratan, en mayor o menor medida, sobre diferentes aspectos del COVID-19.

Desde un punto de vista investigativo, esta pandemia está llena de oportunidades para enriquecer el conocimiento ya que los experimentos naturales son, justamente, la forma más cercana en la que los científicos sociales podemos acceder a un laboratorio social a gran escala; escenario especialmente importante en el caso de la macroeconomía.

En este nuevo ecosistema virtual, un grupo de profesores de las universidades de Minnesota, MIT, Columbia y Dartmouth tuvieron la idea de crear un seminario que se concentre en el estudio de la salud y las pandemias desde diferentes enfoques de la economía.

En la sesión del lunes 6 de abril, se presentaron dos trabajos en progreso cuyo tema común era analizar las dinámicas de la pandemia de COVID-19 utilizando modelos SIR, formulados hace casi cien años por Kermack y McKendrick (1927)², bajo algunas modificaciones. En términos muy generales, este modelo considera que, en cada momento del tiempo, cualquier individuo pue-

Desde un punto de vista investigativo, esta pandemia está llena de oportunidades para enriquecer el conocimiento ya que los experimentos naturales son, justamente, la forma más cercana en la que los científicos sociales podemos acceder a un laboratorio social a gran escala; escenario especialmente importante en el caso de la macroeconomía.

¹ Profesor del Departamento de Economía y Director del Doctorado en Economía de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá – Colombia. Artículo publicado el 09/04/2020 en la serie: Análisis de Economía y Negocios en tiempos del COVID-19, de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de dicha Universidad.

² Kermack, W. O., and A. G. McKendrick (1927): “A Contribution to the Mathematical Theory of Epidemics,” *Proceedings of the Royal Society of London. Series A, Containing Papers of a Mathematical and Physical Character*, 115(772), 700–721.

¿Por qué es necesario que los gobiernos jueguen un rol activo decidiendo sobre el nivel de confinamiento en la sociedad? En otras palabras, ¿por qué no se permite que cada persona decida su nivel de exposición a la pandemia a través de sus opciones de oferta laboral y de consumo? La razón reside en la existencia de una externalidad: las personas no tienen en cuenta las consecuencias de sus decisiones laborales y de consumo sobre la evolución de la pandemia y la probabilidad de contagio que enfrentaría el resto de los individuos en la sociedad

de ser clasificado ya sea como Susceptible (S), Infectado (I) o Recuperado (R). Un susceptible se puede convertir en infectado al interactuar con los otros dos. Un infectado se recupera o muere. Cada uno de estos cambios de estado ocurre con cierta probabilidad. Los valores de estas probabilidades determinan la duración de la pandemia, el pico de infectados y el número de muertes. De acuerdo con este modelo, en ausencia de la llegada de una vacuna, la única forma en la que el virus es derrotado consiste en que un número suficientemente alto de personas se infecte y recupere para que la población desarrolle la llamada “inmunidad de rebaño”.

En el primer artículo presentado en dicha sesión, Sergio Rebelo y Martin Eichenbaum (ambos de Northwestern University) junto con Mathias Trabandt (Universidad Libre de Berlín)³, incorporan la posibilidad de que las probabilidades de contagio dejen de ser exógenas. Consideran que cuando los individuos trabajan o van de compras están interactuando con posibles infectados, lo que aumentaría su propio riesgo de contagio. Esta situación llevaría naturalmente a que las personas voluntariamente traten de trabajar menos horas (choque de oferta), o de realizar menos compras (choque de demanda), lo que estaría disminuyendo la actividad económica y llevando al país a una recesión.

¿Por qué es necesario que los gobiernos jueguen un rol activo decidiendo sobre el nivel de confinamiento en la sociedad? En otras palabras, ¿por qué no se

permite que cada persona decida su nivel de exposición a la pandemia a través de sus opciones de oferta laboral y de consumo? La razón reside en la existencia de una externalidad: las personas no tienen en cuenta las consecuencias de sus decisiones laborales y de consumo sobre la evolución de la pandemia y la probabilidad de contagio que enfrentaría el resto de los individuos en la sociedad.

La anidación de un modelo macroeconómico dentro de uno epidemiológico abre muchas posibilidades de análisis y comparación de diferentes escenarios. Inicialmente, los autores consideran un tipo simple de confinamiento que afecta de la misma forma a todos los habitantes, independientemente de su estado de salud. El caso más extremo de confinamiento es la cuarentena, pero puede haber casos menos estrictos. Los autores encuentran que el nivel de aislamiento social, del confinamiento, debe depender positivamente del número de infectados. A medida que este aumenta, existe un mayor incentivo en evitar las consecuencias negativas de la externalidad mediante la imposición de un aislamiento social más estricto. Finalmente, se contempla la posible aparición de vacunas y tratamientos, así como la congestión y colapso de los sistemas de salud. Bajo estos tres casos, el confinamiento inicial debe ser alto y aumentar a medida que crecen las infecciones. La crisis económica es mucho más fuerte, pero se logran obtener dos efectos deseables sobre las cifras de infección: el pico es menor y ocurre más lejos en el tiempo.

Los autores insisten en la importancia del *timing* en las decisiones de confinamiento: retrasar su inicio o interrumpir su desarrollo implicaría un aumento en la mortalidad, aunque logre mitigar la recesión.

Como se dijo antes, existe una opción “inteligente” de confinamiento. Bajo esta política, los infectados no trabajan, los susceptibles tienen un confinamiento intermedio y a los recuperados no se les imponen restricciones. Esta opción es superior al confinamiento simple en las tres dimensiones de mayor relevancia: el pico de infectados es significativamente menor y ocurre más tarde en el tiempo, y la recesión económica es menor.

3 Eichenbaum, M. S., S. Rebelo, and M. Trabandt (2020): “The Macroeconomics of Epidemics”. Working Paper 26882, National Bureau of Economic Research.



Se podría argumentar que, más que inteligente, sería un confinamiento “informado”, ya que requiere del conocimiento sobre el estado de salud de cada individuo. El hecho de que la enfermedad pueda presentarse sin manifestar síntomas complica la situación. Sin síntomas inequívocos, algunas personas pueden no saber si son susceptibles, infectadas o recuperadas. Surge la pregunta, ¿qué hacer con los infectados asintomáticos? La respuesta es: ¡someterlos a exámenes y pruebas!

En el segundo artículo del seminario, David Berger (Duke University), Kyle Herkenhoff (University of Minnesota) y Simon Mongey (University of Chicago)⁴ estudian la forma en que la realización de pruebas puede afectar el curso de la pandemia. El grado de confinamiento óptimo dependerá del número de infectados asintomáticos. El gobierno debe hacer más estricto el confinamiento cuando muchos asintomáticos resultan estar infectados, y viceversa. En ausencia de pruebas, la mejor política implica confinamiento parcial para quienes ignoran su estado de salud y cuarentena para los infectados. Las pruebas permiten mejorar la focalización de la política: la cuarentena solo afecta a los

infectados, los no infectados podrían continuar una vida normal.

Los resultados numéricos de este modelo indican que esta política de confinamiento condicional es preferible a la alternativa sin pruebas. No solamente el pico de infección disminuye y se pospone unas semanas, sino que también la actividad económica se ve menos afectada. Esto ocurre porque todos los no infectados (ya sea porque nunca lo han estado o porque se han recuperado) pueden participar plenamente de las actividades económicas.

En conclusión, la investigación actual sobre la pandemia de COVID-19 es fundamental para la orientación de las políticas de salud y económicas con las que se busca enfrentar la crisis. El análisis de estos temas parece orientarse hacia una dirección clara: el confinamiento debe realizarse a pesar de sus efectos severos sobre la actividad económica, y su intensidad dependerá de la fracción de infectados en la población y de la identificación del estado de aquellas personas que no presentan síntomas.

⁴ Berger, D., K. Herkenhoff, and S. Mongey (2020): “An SEIR Infectious Disease Model with Testing and Conditional Quarantine”. Working Paper 26882, National Bureau of Economic Research.



La voz lúcida de los profetas en tiempos de COVID-19

El profeta tiene conciencia de que injusticia y religión no se casan. Desde allí brotan las palabras duras contra los agentes de la maldad y su religión deformada.

Jaldemir Vitório S.J.¹

Desde el comienzo de la pandemia del COVID-19, un oráculo de Amós, profeta bíblico del siglo VIII a.c. en el distante Israel, ronda en mi cabeza. Se trata del capítulo 4, versos 4 al 11, donde el profeta enumera una serie de fenómenos naturales que son entendidos como una invitación a la conversión. El pastor-agricultor interpretaba la realidad de manera peculiar. Su experiencia de fe le permitía ver más allá de las apariencias y escuchar a Dios hablando por medio de lo que llamamos “signos de los tiempos”.

Quienes oían al profeta eran personas religiosas que, colocando su confianza en falsas seguridades, entendían la prosperidad del momento (*shalom*) como señal de bendición. Am 4,4-5 describe el culto practicado por ellos en los santuarios tradicionales de Betel y Gilgal. Allí ofrecían sacrificios de

¹ Profesor y Director del Departamento de Teología y de Asuntos Comunitarios y Pastorales de la Faculdade Jesuita de Filosofia e Teologia (FAJE), Belo Horizonte – Brasil. Traducción de Santiago Suarez, S.J.

alabanza y hacían ofrendas voluntarias con la intención de agradar a Dios; sin embargo, Dios mismo desautorizaba todo eso ironizando: “ya que es eso lo que les gusta, israelitas”; en otras palabras: “Ustedes están felices con ese culto que yo detesto. ¡Ese tipo de agradecimiento no me agrada!”.

¿Cuál es el motivo del rechazo divino del culto celoso de los fieles? ¿Por qué, en vez de alegrar a Dios, lo molestaba tanto? La conciencia religiosa del profeta identificaba la divergencia entre la fe y la vida, liturgia y justicia, comunión con Dios y respeto al prójimo, como origen de la corrupción de la religión. La manera como eran tratados los más débiles de la sociedad no correspondía con las exigencias de la fe. Amós, hablando en nombre de Dios, denunciaba sin medias tintas a los ricos piadosos:

- “venden al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias; pisotean sobre el polvo de la tierra la cabeza de los débiles y desvían el camino de los humildes; el hijo y el padre tienen relaciones con la misma joven, profanando así mi santo Nombre” (Am 2,6-7);
- “ustedes, que oprimen a los débiles, maltratan a los indigentes” (Am 4,1);
- “¡opresores del justo, que exigen rescate y atropellan a los pobres en la Puerta!” (Am 5,12);
- “ustedes convierten el derecho en veneno y el fruto de la justicia en ajeno” (Am 6,12);
- “ustedes, los que pisotean al indigente para hacer desaparecer a los pobres del país” (Am 8,4).

El profeta tiene conciencia de que injusticia y religión no se casan. Desde allí brotan las palabras duras contra los agentes de la maldad y su religión deformada.

Las advertencias del profeta se transformaron en palabras muertas. “Busquen el bien y no el mal, para que tengan vida” (Am 5,14), “aborrezcan el mal, amen el bien, y hagan triunfar el derecho en la puerta” (Am 5,15), “que el derecho corra como el agua, y la justicia como un torrente inagotable” (Am 5,24), son llamadas de atención que indican el camino para vivir la fidelidad a la fe de los padres. Como la injusticia se mantuvo intacta, no tuvo mas alternativa que anunciar el fin de una sociedad opuesta al proyecto de Dios. “Así morirán por la espada todos los pecadores de mi pueblo, esos que decían: “No se acercará, no nos sucederá la desgracia” (Am 9,10).

Amós tenía certeza de haber sido elegido y enviado para hablar en nombre de Dios. “El Señor me sacó de detrás del rebaño y me dijo: «Ve a profetizar a mi pueblo Israel»” (Am 7,15). Ese hecho marca el inicio de una misión cumplida a pesar de la intolerancia y la persecución. Sin embargo, se daba cuenta de como Dios advertía al pueblo y llamaba a la conversión de una forma diferente: sirviéndose de calamidades que afectaban a todos sin excepción. El hambre, la sequía, las

plagas en los campos de cultivo, la peste y el terremoto (Am 4,6-11) deberían llevar al pueblo a reflexionar y convertirse de sus malos pasos y, principalmente, de la injusticia cometida contra los indefensos.

Sin embargo, hay una constatación se repite después de cada experiencia de sufrimiento y de muerte: “¡pero ustedes no han vuelto a mí!” La dureza de corazón de los promotores de la iniquidad con grandes tormentos para los pobres, impedía que se dieran cuenta de la inutilidad del culto prestado a Dios.

La falta de determinación para volver al buen camino de la justicia y de la misericordia llevó a Dios a enfrentarse con su pueblo. “Prepárate a enfrentarte con tu Dios, Israel” (Am 4,12). Quien no escucha a Dios hablando por la boca de sus profetas y por los “signos de los tiempos”, ¡qué se cuide!

Lejos de considerar el COVID-19 como un castigo divino, siguiendo a Amós, sospecho que podría servir de alerta en este momento de la historia, donde el dios dinero genera corazones insensibles frente a los empobrecidos y marginados, frente a los migrantes y refugiados forzados, frente a las víctimas de las guerras, del narcotráfico y del tráfico humano, de los nuevos esclavos, de las minorías explotadas y de tantos otros seres humanos cuyos derechos fundamentales son negados y sus vidas inocentes son segadas. La pandemia, considerada como “signo de los tiempos”, confronta toda la humanidad con la exigencia de encontrar una nueva sabiduría de vida, fundada en la fraternidad, en el cuidado de los mas débiles, en la defensa de los derechos de los pequeños y, como nos alerta el papa Francisco: en atención a la sostenibilidad de la Casa Común. ¡Todo aquel que se considere discípulo del profeta Jesús de Nazaret debería sentirse cuestionado de manera particular!

Cuidándonos para no caer en las trampas de los falsos profetas, somos ahora más que nunca convocados a escuchar la voz lúcida de los científicos, de los líderes sociales, políticos y religiosos, de los pensadores y de aquellos que nos ayudan a atravesar con determinación estos tiempos sombríos y dramáticos. La voz lúcida de los verdaderos profetas tiene una impostación peculiar: como en otros tiempos lo hizo la de Amós, ella nos invita a discernir - en las entrelíneas de esta terrible pandemia - la voz de Dios que nos llama a ser más humanos, más fraternos y más solidarios. En una palabra: ¡cuidar mejor a los pobres, sus hijos predilectos!

La pandemia, considerada como “signo de los tiempos”, confronta toda la humanidad con la exigencia de encontrar una nueva sabiduría de vida, fundada en la fraternidad, en el cuidado de los mas débiles, en la defensa de los derechos de los pequeños y, como nos alerta el papa Francisco: en atención a la sostenibilidad de la Casa Común



La PANDEMIA y la manifestación de lo HUMANO

Clovis Salgado Gontijo¹

Frente al desafío de reflexionar filosóficamente sobre el contexto complejo de esta pandemia, decidimos abordarlo desde un ángulo común a todos, a saber, su dimensión antropológica. En 1962, la filósofa norteamericana Susanne K. Langer publica, bajo el título *Philosophical Sketches*, una serie de ensayos en los que presenta los rasgos más distintivos y constitutivos del ser humano, fundamentales para el análisis de cuestiones como el conocimiento, el lenguaje, el símbolo, la civilización y su crisis. Curiosamente, en estos tiempos de pandemia que hoy experimentamos, podemos reconocer algunos de esos rasgos en nosotros mismos.

En primer lugar, todos sabemos que vivimos una experiencia probablemente inédita en la historia de la humanidad: el aislamiento simultáneo de diversas poblaciones alrededor del globo. Para enfrentar tantas horas de forzada reclusión también se encuentran a nuestro alcance herramientas inéditas, proporcionadas por los medios digitales. En la relación con tales medios se hacen evidentes, obviamente, elementos de nuestra identidad humana. Pensemos, por ejemplo, en el caso de una video llamada, en la cual expresamos nuestra humanidad por el uso de un refinado instrumento del lenguaje. Sin embargo, cuando interactuamos virtualmente con alguien que está del otro lado del mundo, todavía estamos respondiendo, gracias a nuestra percepción ampliada por la tecnología, a estímulos “presentes” sobre los cuales podemos actuar y reaccionar, capacidad que también muchos animales poseen en algún nivel.

El ser humano no se reduce a lo que lo convoca aquí y ahora. Como señala Kant, en la *Crítica de la facultad de juzgar* (§ 76, 77), nuestro entendimiento es capaz de distinguir, de manera singular en el conjunto de los seres, entre “realidad” y la “posibilidad”. Tal capacidad es resaltada por el neokantiano Ernst Cassirer, como crucial para su concepción de las formas simbólicas, recibida y re-elaborada por Langer. No sólo es preciso distinguir esos dos niveles, sino también transitar por ambos para ser auténticamente humanos. Como dice la filósofa, “necesitamos vivir en la estructura conceptual de un mundo mayor que el medio ambiente que percibimos sensorialmente”².

Trayendo esas palabras para la experiencia de confinamiento, constatamos que no ocupamos las horas de espera y de temor solamente con las noticias acerca de los hechos concretos. Muchos de nosotros sólo nos hacemos capaces de soportar algunas de ellas (como aquellas vehiculizadas por la prensa), abasteciéndonos de fuentes relacionadas con lo que Langer y Cassirer comprendieron como campo simbólico. Es en él que se encuentran el mito, la religión, el arte, la filosofía, y también las for-

Para enfrentar tantas horas de forzada reclusión también se encuentran a nuestro alcance herramientas inéditas, proporcionadas por los medios digitales. En la relación con tales medios se hacen evidentes, obviamente, elementos de nuestra identidad humana

¹ Profesor del Departamento de Filosofía de la Faculdade Jesuít de Filosofia e Teologia (FAJE), Belo Horizonte – Brasil. Artículo publicado el 05/05/20 en <https://www.faculdadejesuita.edu.br/artigo/a-pandemia-e-a-manifestacao-do-humano-05052020-145120> Traducido al español por Raúl Santiago Suárez Delgado, S.J.

² Langer, Susanne (1971): “Ensaíes filosóficos”. Tradução revista por: José Paulo Paes. São Paulo: Cultrix, p. 119.

el cultivo de las formas simbólicas en estos tiempos de pandemia, en particular de las artísticas y religiosas, podría indicar una amplitud del “mundo” humano. En vez de mero devaneo de individuos alienados que esquivan su compromiso político

mulaciones científicas. Pero, ¿cuál sería la contribución de los símbolos? En este tiempo pascual, por ejemplo, aunque no contemos con la figura de Cristo resucitado delante de nosotros, la narración evangélica de los discípulos de Emaús (Lc 21,13-35) favorece una aproximación a la pre-

sencia, al mismo tiempo patente y evanescente, de lo divino en nuestras vidas. En el caso del arte, la escucha del *Magnificat*, de J. S. Bach, sea en vivo o reproducida, no precisa conducirnos a acción específica alguna, ni siquiera a rezar, ya que su apreciación no está limitada a oyentes cristianos o religiosos. No obstante, el primer movimiento de dicha obra musical nos permite “visualizar” fuera de nosotros un sentimiento contagioso de júbilo, que desborda las posibilidades expresivas de las palabras. Por lo tanto, podríamos brevemente concluir que los símbolos propician “concepciones” de las cosas, que, al mismo tiempo, participan activamente del modo como las aprendemos.

Una contribución relevante de Langer, hoy un poco olvidada en el medio filosófico, se encuentra en la extensión de nuestras concepciones y formas articuladas más allá del ámbito de la razón y del lenguaje discursivos (en los cuales “enfilamos” ideas). También concebimos por narrativas místicas, por sacramentos religiosos, por obras de arte, que implican otro proceso de abstracción, por los cuales establecemos analogías, sobre todo, con nuestras experiencias interiores. De manera sugerente, en estos momentos en que nuestra relación con el mundo exterior se hace más estrecha, buscamos recursos pertenecientes a la dimensión simbólica, en sus diversas manifestaciones. De este modo, cabría cuestionar la célebre proposición de Wittgenstein, “los límites de mi lenguaje significan los de mi mundo” (*Tractatus logico-philosophicus*, 5.6), en el caso que el término “lenguaje” se restrinja al lenguaje discursivo. Más en consonancia con Langer, el confinamiento nos muestra que son los límites (tal vez ilimitados) de mi repertorio simbólico los responsables por el delineamiento de mi mundo.

Así, el cultivo de las formas simbólicas en estos tiempos de pandemia, en particular de las artísticas

y religiosas, podría indicar una amplitud del “mundo” humano. En vez de mero devaneo de individuos alienados que esquivan su compromiso político, como ironizó Nietzsche en una fase algo susceptible a los encantos musicales (*El viajero y su sombra*, § 167), el arte (y también la espiritualidad) vehicularía conocimiento valioso e insustituible “sobre” nosotros, “sobre” los contenidos y los ritmos de nuestros sentimientos. Esa posibilidad de expresar algo al respecto del mundo (externo o interno) es otro atributo específicamente humano.

Es válido resaltar que, al oír o al interpretar una pieza musical, al leer una novela, al presenciar un ballet y al adoptar una práctica de meditación no sólo nos alejamos de los estímulos concretos que nos incitan a la acción inmediata, sino también nos aproximamos a otros momentos de nuestra historia. Constatamos, empleando una imagen de Langer, que cada uno de nosotros es como una hoja compartiendo un mismo tronco. No estamos solos y la conciencia de un pasado que nos constituye es exclusivamente humana. Delante de nuestros instrumentos musicales, parlantes, libros y pantallas, recurrimos hoy a un legado que nos nutre, como savia, posibilitándonos vislumbrar algo de una humanidad intangible.

La presente crisis nos conecta a los hombres y mujeres del presente con los del pasado. Tenemos en común valores y ansias que también quedan en evidencia con esta pandemia. Para traducir tales contenidos impalpables del espíritu humano recurrimos, una vez más, a formas simbólicas. Muchos de nosotros nos conmovimos frente de la proyección que, en el Domingo de Pascua, vistió de médico al Cristo Redentor en Río de Janeiro. En aquel símbolo, se materializó

Es válido resaltar que, al oír o al interpretar una pieza musical, al leer una novela, al presenciar un ballet y al adoptar una práctica de meditación no sólo nos alejamos de los estímulos concretos que nos incitan a la acción inmediata, sino también nos aproximamos a otros momentos de nuestra historia. Constatamos, empleando una imagen de Langer, que cada uno de nosotros es como una hoja compartiendo un mismo tronco

nuestra concepción sobre valores como la solidaridad, coraje, gratitud, resultado de una fusión significativa de imágenes que difícilmente sería obtenida por medios verbales. El modelo de Cristo se encuentra con el del profesional de la salud de este siglo, trayéndonos confianza y esperanza. Nos encontramos aquí con un registro propiamente humano de los símbolos, pues, como aclara Langer, “suscitar ideas unos en las mentes de los otros, no en el curso de la acción, sino en el de la emoción y de la memoria (o sea, en reflexión) equivale a comunicar ‘acerca’ de alguna cosa, y esto es lo que ningún animal hace”³.

Se establece, por lo tanto, una diferencia esencial entre el símbolo y el signo, cuyo uso, a su vez, no es exclusivo de la humanidad. El signo, en la distinción establecida por Langer, no formula una concepción, sino que induce una acción, como síntoma o indicativo (natural o artificial) de un evento más grande y más relevante. La tos es signo, como síntoma de una posible infección, que nos lleva a intensificar el aislamiento o buscar auxilio médico. Sin embargo, no es por medio de ella que concebimos el estado interior de un paciente o la estructura física del nuevo corona virus, que, siendo estos concebidos por la ciencia, también implicarían, para Langer y Cassirer, un elemento simbólico más allá de la pura observación.

Retomando la distinción kantiana, solamente el símbolo es capaz de despegarse de lo “real” y lidiar con lo “posible”. También es gracias a tal despegue que nos ocupamos del futuro, vinculándonos con nuestra posteridad. Explica Langer que, aunque nos caracterice el deseo de autorrealización a nivel del individuo, o sea, el propósito de “vivir lo más posible en nuestro breve período de duración”⁴, sabemos que la riqueza individual no es suficiente. Inevitablemente, continuaremos minúsculos como individualidades. De esa manera, se hace apremiante, para nuestra más plena realización humana, el vínculo con el tronco, con los otros gajos, con las hojas que todavía no brotaron de ese gigantesco árbol humano. De algún modo, la consciencia del vínculo parecía estar un poco olvidada antes de la pandemia. Para muchos, era como si la acumulación propia, material o intelectual, les fuese suficiente. La crisis sanitaria señala el riesgo de la desmedida explotación del Planeta y la insultante desigualdad social que afectan la continuidad biológica y la dignidad on-

tológica de la humanidad. En ese sentido, no es casualidad que formulemos, en este momento presente, las siguientes cuestiones: ¿Cuál es mi verdadera vocación en el mundo? ¿Cómo podré contribuir a favor de una realidad más justa, ahora y después de la pandemia?

Con estas preguntas nos alejamos del estrecho campo de las percepciones “reales” y migramos para lo “posible”, como también sucede con el filósofo político que construye su utopía. La crisis y todo lo que ella denuncia despiertan y renuevan en nosotros “ideales”. De acuerdo con Langer, los ideales son, con frecuencia, imposibles en las condiciones actuales, pero nada nos impide pensar en (como) alterar tales condiciones con el fin de concretizarlos.

De esa manera, algo de nuestra humanidad queda a la vista a lo largo de la pandemia. En el aislamiento, reconocemos la necesidad de nutrirnos del amplio repertorio simbólico, que caracteriza nuestro “mundo” genuinamente humano. Por el contacto con dicho repertorio, nos conectamos con lo ficticio, lo poético, lo religioso, ejes que extraen al ser humano de su experiencia más inmediata. La acción de apartarse de lo “real” también se confirma con nuestro sentimiento de pertenencia a una tradición. El vínculo del ser humano con generaciones físicamente ausentes se manifiesta igualmente en dirección al futuro, en consideraciones sobre la mejor forma de habitar la Tierra. En el compromiso con la continuidad del mundo y de la humanidad, que presupone la responsabilidad con el presente, verificamos la insuficiencia de la autorrealización y sentimos la necesidad de cultivar un “sentimiento de involucramiento”⁵ con la sociedad y con el medio ambiente. Si la pandemia está desvelando estos y otros rasgos fundamentales de lo humano, esperamos que, a partir de ella, también seamos capaces de profundizar en nuestra humanidad.

La presente crisis nos conecta a los hombres y mujeres del presente con los del pasado. Tenemos en común valores y ansias que también quedan en evidencia con esta pandemia. Para traducir tales contenidos impalpables del espíritu humano recurrimos, una vez más, a formas simbólicas

3 Langer, Op. cit., p. 55.
4 Langer, Op. cit., p. 108.
5 Langer, Op. cit., p. 110.



DISCERNIR una FE desbordada por el TERROR

Pablo Mella, S.J.¹

No todo el que me diga “Señor, Señor”,
entrará en el Reino de los Cielos
(Jesús de Nazaret, Mt 7, 21)

San Ignacio de Loyola, maestro espiritual reconocido de la Iglesia católica, hizo uno de los más grandes aportes para la encarnación de la vida cristiana en nuestros días. Su pedagogía se centró en enseñar a orar con “modo y orden”, conceptos que aprendió de los estudios tomistas que realizó en la Universidad de París. En buena medida, esta pedagogía consistió en ofrecer protocolos de oración para hacer más razonable la fe, no dejándose llevar por fáciles sentimentalismos. A esos

protocolos para organizar la oración y la práctica de fe llamó “ejercicios espirituales”. Estos protocolos vienen tejidos con “reglas de discernimiento” que ayudan a distinguir entre experiencias religiosas engañosas y experiencias religiosas auténticas. La expresión “ejercicios espirituales” ya había sido utilizada en la filosofía griega, pero ahora adquiriría un significado novedoso.

Esta tradición espiritual resulta preciosa en estos momentos en que el terror de la pandemia propicia manifestaciones religiosas que pueden resultar dañinas no solo a las personas que las proclaman, sino también al conjunto de la sociedad sedienta de buenas noticias milagrosas.

Por qué hacer “ejercicios espirituales”

La idea subyacente a la propuesta de hacer ejercicios espirituales puede explicitarse con una analogía bien simple. Así como el cuerpo necesita ejercicios físicos para estar en forma, la vida espiritual necesita deter-

¹ Profesor del Instituto Superior Bonó, Rep. Dominicana.

minadas “calistenias” o rutinas reflexivas para responder coherentemente a la voluntad de Dios, revelada en la vida y enseñanzas de Jesús de Nazaret. Otra analogía puede ayudarnos a entender el propósito de tales ejercicios espirituales: solo escribe bonito quien ha hecho mucha caligrafía. La caligrafía es un medio para mejorar la letra, no un fin. Lo importante es llegar a escribir bonito (*kallós* (bello), *graphia* (escritura)); pero para ello hace falta ejercitarse una y otra vez, comparando los productos del ejercicio con el modelo de letra que se propone. Así, en los ejercicios espirituales se repiten imaginativamente diversas escenas en las que uno se ve envuelto con vistas a reconocer los sentimientos que estas escenas producen. A seguidas, se identifican las reacciones que esos sentimientos nos provocan y se comparan estas reacciones con la manera en que Jesús actuó. Gracias a esta caligrafía espiritual, una persona cristiana acabará por darse cuenta que no todas sus reacciones religiosas expresan convenientemente la voluntad de Dios. Podrá aquilatar las motivaciones ocultas a las que responde su conducta y ponderar el resultado final que se obtiene con ella.

Los ejercicios espirituales de san Ignacio se inscriben en la corriente espiritual denominada *Devotio Moderna*. Este movimiento de renovación eclesial de la Baja Edad Media se caracterizaba por su objetivo general: poner algo de racionalidad en la propia experiencia de fe, haciendo de la vida ordinaria un espacio de encuentro con Dios. Dios ha de buscarse “en todas las cosas”, en el día a día. Entre sus estrategias fundamentales se encontraban conectar con las nuevas preguntas teológicas que traía la irrupción de la ciencia moderna y cuestionar el sacramentalismo litúrgico que había marcado la fe católica desde el siglo XIII, sobre todo en torno a la adoración del Cuerpo de Cristo en la hostia consagrada. Entendía que un devocionismo litúrgico exagerado o irracional amenaza en su raíz la responsabilidad moral de los cristianos, la santa libertad responsable querida por Dios. La imagen de un Cristo mágico nos hace buscar en un cielo espectacular a quien nos invita a encontrarlo resucitado en el hermano solo y desamparado (Mt 25, 31-46).

Se conoce como “fideísmo” la doctrina filosófica y teológica según la cual se llega a Dios renunciando al uso de la razón tanto en el dominio teórico como en el dominio práctico

o ético, pues la razón se refiere tanto a lo teórico como a lo práctico. El fideísmo ha sido declarado como doctrina no válida por la Iglesia católica (Denzinger, *Enchiridion*, 10ma. ed., núms. 553-570; Conc. Vat. I, Const. Apostólica *Dei Filius*, cap. IV). La Iglesia católica, siguiendo a Tomás de Aquino, ha entendido que razón y fe son las dos alas con las que debe volar todo creyente cristiano (ver Juan Pablo II, *Fides et ratio*, introito). Con otro vocabulario, el mismo Jesús de Nazaret condenó el fideísmo cuando expresó que no todo el que le llame machaconamente “Señor, Señor...”

entra inmediatamente en la dinámica de lo querido por el Dios vivo y verdadero.

De la *Devotio Moderna* se derivó una espiritualidad que bien puede denominarse “fraternidad de la vida común”, como se llamaron las comunidades que se fundaron en aquellos siglos al calor del movimiento de renovación espiritual nacido en los Países Bajos. Más que buscar grandes signos en el cielo (Hch 1, 11), actitud ya denunciada como falso cristianismo en los mismos evangelios (Mt 24, 23-24), se trata de encontrar la voluntad divina en la vida ordinaria. Según esta espiritualidad, la

vida de todos los días está repleta de signos divinos que nos llevan a preguntar qué debemos hacer, tomando en cuenta al mismo tiempo las grandes potencialidades de nuestra inteligencia y los límites de nuestras capacidades e iniciativas.

Como tarea espiritual queda entonces recorrer un camino parecido al que recorrió Jesús en las tentaciones del desierto (Mt 4, 1-11; Lc 4, 1-13). Según el testimonio de Jesús, Dios no nos mandará ángeles del cielo para que no nos tropecemos con la dureza de la vida terrenal. Dios nos manda más bien a asumir nuestras vidas esperanzados, preguntándonos de todo corazón ¿dónde está tu hermano?, ¿quién es tu prójimo?

El Dios de Jesús no es sádico

La primera tentación que tenemos en estos tiempos de pandemia que nos aterroriza es considerar a Dios como un ser sádico. Este es el archiconocido Dios castigador, el que esperaba Juan el Bautista (Lc 3,7) y al cual se opuso Jesús. Según esta concepción muy extendida, que podría encontrar eco en muchos pasajes del Antiguo Testamento, Dios ha mandado el coronavirus para castigar a la humani-

Así como el cuerpo necesita ejercicios físicos para estar en forma, la vida espiritual necesita determinadas “calistenias” o rutinas reflexivas para responder coherentemente a la voluntad de Dios, revelada en la vida y enseñanzas de Jesús de Nazaret

dad por sus pecados. Suponiendo las imágenes dantescas del juicio final, su objetivo sería humillar al ser humano para que vuelva su corazón hacia Dios.

Esta imagen de Dios castigador tiene como trasfondo un ser celoso, egocéntrico y distante. Desde su trono celestial este dios envía “avispa que te piquen” para mostrar a la humanidad que es él quien tiene el poder absoluto y que lo ejerce como le viene en gana, sin rendir cuentas a nadie. Este dios no dialoga, escarmienta maquiavélicamente y ejecuta justicieramente sin parpadear.

A este Dios sádico solo se le puede rezar “pidiendo caca”, como decimos los dominicanos. Hay que repetirle machaconamente que tenga piedad, porque de no hacerlo se corre el riesgo de padecer una nueva versión de las plagas de Egipto a escala planetaria. Este ser frío y resentido no mira con cariño ni compasión a una humanidad perdida.

Podemos emprender en dirección inversa el camino recorrido hasta ahora y hacer un ejercicio espiritual de revisión de vida. Traigamos a la memoria la manera en que estamos rezando durante la pandemia. Si nuestra oración y/o actos litúrgicos están llenos de miedo al castigo eterno y se multiplican en nuestros labios frases condenatorias, es signo de que estamos presos de semejante imagen sádica de Dios. Podríamos reescribir el conocido refrán y decir: “Dime cómo oras y te diré qué imagen de Dios tienes”.

Si comparamos esta imagen sádica con la que prevalece en Jesús de Nazaret veremos que no coinciden. El *Abbá* de Jesús está lleno de misericordia y “hace salir su sol

sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos” (Mt 5, 45). Más que un sátrapa que manda a degollar arbitrariamente para gobernar con terror a quien se le oponga (*Adonai Sebaot*, “Señor de los ejércitos”) o un justiciero (*Goel*), el Dios Padre de Jesús sale todos los días de su casa al encuentro de sus hijos perdidos para acogerlos con un abrazo reconciliador y compartir el banquete familiar (Lc 15, 11-24).

El Dios de Jesús no es milagrero: el pan “bajado del cielo”

Una vez superada la imagen veterotestamentaria del Dios justicie-

ro por el don del Espíritu en el bautismo (Lc 3, 21-22), Jesús fue tentado sobre su “ser hijo de Dios”. En un momento místico, Jesús había sentido profundamente que Dios es Padre y que todos los seres humanos somos sus hijos y por tanto hermanos. De esto él no tenía ninguna duda. Pero se dio cuenta de que esta convicción profunda no le ahorra la responsabilidad de discernir *cómo debía ser hijo de Dios*. Dicho de otra manera, ser hijo de Dios no se le mostraba como un estatus adquirido sino como un modo de caminar en la vida a la luz de la palabra que Dios nos dirige.

La primera de las tentaciones que Jesús enfrentó fue la del milagro fácil. El demonio le pide a Jesús que sencillamente use su poder divino para multiplicar el pan y saciar el hambre (Lc 4, 2-4). Hay aquí un tema que se repetirá a lo largo de la vida de Jesús narrada en los evangelios. Mientras fuera reconocido como un mago multiplicador de panes tendría asegurado muchos seguidores; cuando, por el contrario, interpelara con la palabra profética para que cada uno asumiera la propia vida, comenzaría a perder popularidad.

Quien magistralmente desarrolla esta tensión entre pan milagrero y palabra profética es san Juan en el capítulo 6 de su evangelio (Jn 6, 26-50). Jesús se da cuenta de improviso que la repartidera de pan lo ha hecho popular y que por su poder mágico lo querían “candidatar” para rey (Jn 6, 14-15). Jesús se escapa de esta avalancha populista de poder político y “vuelve al monte solo”, como hizo con Moisés y Elías en su momento. Cuando se enfrenta con la necesidad del hambre del pueblo manipulada para fines políticos, Jesús retoma el arduo camino de la palabra profética dejando de repartir el ambiguo pan seductor, rechazando las insinuaciones del espíritu maligno. Ante la crisis producida en su misión evangelizadora, Jesús interpela con fuerza a los discípulos que aún seguían con él: “¿También ustedes quieren marcharse?” (Jn 6, 67). Pedro, como siempre, es quien toma la palabra en nombre de la comunidad, *primus inter pares*: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 68).

Si en nuestra oración pedimos un “pan del cielo” que nos bendiga milagrosamente desde lo alto y no nos disponemos a comulgar “el pan que es la carne de Jesús” (Jn 6, 51), hemos tomado una decisión distinta a la de Pedro y la primera comunidad de la Iglesia. San Juan nos enseña que el pan “bajado del cielo”, el nuevo maná, es la carne de Jesús, es decir, el pan encarnado, el “pan nuestro de cada día” que nos acompaña al caminar.

se trata de encontrar la voluntad divina en la vida ordinaria. Según esta espiritualidad, la vida de todos los días está repleta de signos divinos que nos llevan a preguntar qué debemos hacer, tomando en cuenta al mismo tiempo las grandes potencialidades de nuestra inteligencia y los límites de nuestras capacidades e iniciativas

El camino del discernimiento en la pandemia

En este momento de pandemia cualquier persona de buena voluntad puede ser víctima fácil de una religiosidad desbordada. Podemos caer de rodillas ante las imágenes del Dios castigador y del Dios milagrero. Podemos pregonar con mucha inconsciencia, desde el sadismo espiritual, que “quien se contagió es porque Dios lo castigó”; o desde el milagrerismo afirmar eufóricamente que “a quien tiene fe en Jesucristo no se le pega el coronavirus”.

Bajo el mismo impulso podemos salir a contagiar o contagiarnos, siguiendo fideístamente a peregrinos de dudosas trayectorias que dicen ser enviados por Dios (Lc 21, 8). Ante esto, tenemos el camino emprendido por Jesús contra toda tentación: el camino de la vida común y de la responsabilidad compartida. Jesús no sale como *superman* volando del alero del templo, sostenido por ángeles guerreros que no permiten que sus pies tropiecen (Lc 4, 9-11). Muy por el contrario, tropezar con la dureza de la vida es el modo misterioso de integrarse en el plan divino. Es lo que la *Devotio Moderna* llamó “la vida común” y que inspiró la vida de san Ignacio de Loyola.

En buena medida, lo que he querido expresar en estas líneas comparte su inspiración con la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* del papa Francisco. Bellamente dice el Papa: “Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en estos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo” (n. 7). No por casualidad esta exhortación a la santidad de la vida cotidiana concluye con una invitación al discernimiento (nn. 166-175). En este mundo de distracciones de Internet, nos dice el Papa, debemos de estar más alerta que nunca porque “podría ocurrir que en la misma oración evitemos dejarnos confrontar por la libertad del Espíritu, que actúa como quiere. Hay que recordar que el discernimiento orante requiere partir de una disposición de escuchar: al Señor, a los demás, a la realidad misma que siempre nos desafía de maneras nuevas” (n. 172).

En este mismo tenor ignaciano, que subyace en las enseñanzas del papa Francisco, Benjamín González- Buelta, nuestro maestro espiritual, nos ha regalado un bello salmo para estos días de pandemia. Hagamos oración auténtica con estas palabras, para que la fe desbordada por el terror no nos aleje de la santidad de cada día:





CONFIAR COMO LOS NIÑOS

Rivaldave Paz Torquato, O. Carm¹

Desafiado por la “noche oscura” causada por el COVID-19 comencé a pensar en escenas bíblicas que pudieran ayudarme a pasar esta noche. Las escenas que me vinieron a la memoria no son mágicas ni van resolver la epidemia, pero pueden ayudar a enfrentar la obscuridad de forma más serena. Pensando de esta forma, tengo la “osadía” inocente y modesta de compartirlas.

En el contexto de sufrimiento impuesto a los israelitas por los madianitas (Jz 6, 1-7), el ángel del Señor se le apareció a Gedeón, que “estaba sacudiendo el trigo en el lagar” (v. 11), y le dice: “El Señor esté contigo, ¡valiente guerrero!” y Gedeón respondió: “Si el Señor está con nosotros, ¿por qué nos ha ocurrido todo esto?” (Jz 6,12-13). Este valiente guerrero se sintió abandonado por Dios (v. 13b). El escepticismo de Gedeón es existencial, humano y actual.

¿Cómo creer en algo que la realidad niega? Gedeón, en seguida, dialogó con Dios (vv. 14-23) y le pidió una prueba (vv. 36-40). Era de noche (vv. 25-40). Pero Gedeón fue madurando y, de escéptico, se dejó envolver y se convirtió en

señal de la presencia de este mismo Dios para su pueblo y vencieron a los madianitas (8,22).

Agar, la egipcia, cuando descubrió su embarazo con Abraham (Gn 16) comenzó a despreciar a Sara, su señora (vv. 4-5). Sara decidió defenderse y “la maltrató de tal modo que ella huyó de su presencia” (v. 6b). Agar fue encontrada por el ángel del Señor en el desierto (v. 7), la interpeló sobre sus andanzas y ella respondió: “Huyo de la presencia de mi señora Sarai” (v. 8). El ángel le dijo que regresara y agregó: “Estás embarazada y darás a luz un hijo, y tú le darás el nombre de Ismael, pues el señor escuchó tu aflicción” (v. 11). Ahora, en hebraico, Ismael significa “Dios oye (u oirá)”. Es lo que el mismo verso explica: “pues el Señor oyó tu aflicción”. Curiosamente, el texto no dice en ningún momento que Agar se dirigió a Dios y le expresó su súplica. Ella estaba emprendiendo una fuga, afligida, en el desierto y en pleno embarazo. Es una mujer, esclava y extranjera (v. 3). Pero el texto afirma que Dios oyó su aflicción. Y Agar dio a Dios el nombre de “Tu eres El-Roi”, esto es, “Tu eres el Dios que me ve” (v. 13). La escena deja claro que Dios no sólo ve el drama humano, sino que también acoge la súplica no verbalizada, no expresada. Esta escena nos remite a otra en el Nuevo Testamento.

En una ciudad llamada Naín, Jesús “al aproximarse a la puerta de la ciudad, coincidió que llevaban a enterrar un muerto, hijo único de una madre viuda...El Señor,

Desafiado por la “noche oscura” causada por el COVID-19 comencé a pensar en escenas bíblicas que pudieran ayudarme a pasar esta noche. Las escenas que me vinieron a la memoria no son mágicas ni van resolver la epidemia, pero pueden ayudar a enfrentar la obscuridad de forma más serena

¹ Profesor titular en el departamento de Teología de la Faculdade Jesuita de Filosofia e Teologia (FAJE), Belo Horizonte – Brasil. Artículo publicado el 27/04/2020 en <https://www.faculdadejesuita.edu.br/artigo/confiar-como-as-criancas-27042020-101228> Traducido al español por Rodrigo José Pinto Escamilla.

al verla, sus entrañas se conmovieron” (Lc 7,12-13). Él despertó al joven y se lo entregó vivo a su madre (vv. 14-15). En ningún momento de la escena esta mujer abrió la boca. Ella estaba tomada por el dolor y por su esperanza muerta. Por cierto, un elemento característico del género de milagro de curas, en la cual el caso se encuadra, es la súplica del(los) interesado(s). Elemento completamente ausente de la escena. Pero el drama de la madre toca a Jesús que se adelanta y lo acoge como petición no verbalizada, como súplica muda. El clamor mudo y silencioso es visto y escuchado por Jesús.

José de Egipto, a los diecisiete años, provocó a sus hermanos con sus sueños, que fueron entendidos como expresión del deseo de superioridad sobre ellos, y también gozaba de la predilección del padre (Gn 37, 2-11). Estos elementos desencadenaron el celo y el odio de los hermanos a tal punto que no podían más hablarse amigablemente (v. 4). El odio creció (vv. 4.5.b.8b.). Los hermanos tomaron una decisión radical: “matémoslo, arrojémoslo en un pozo cualquiera” (v. 19). En seguida, “se arrojaron contra él y lo lanzaron al pozo. Era un pozo vacío, donde no había agua” (v. 24). Después cambiaron de idea y terminaron por vender a José a los comerciantes (vv. 27-28) y así él fue llevado a Egipto (v. 38). Más tarde los hermanos confesaron: “vimos su aflicción cuando él nos rogaba, y no lo oímos” (42,21). El propio José se refiere a Egipto como “tierra de su aflicción” (41,52). De este drama familiar y humano emerge otra vez la pregunta: ¿Dónde estaba Dios? Dios no impidió el conflicto, no impidió el pozo, no impidió la venta, no impidió la ida para Egipto, no impidió la condición de esclavo ahí, nada hizo. Es un Dios inerte que nunca llega y, cuando llega, viene siempre atrasado. Por otro lado, el texto no registra ninguna expresión religiosa de José. No hay aparición del ángel a José, no hay cualquier súplica o rito de su parte, el pozo no es espacio sagrado, no ocurre milagro, nada sensacional. El José del pozo es un hombre en silencio o silenciado. El narrador no le da más la palabra hasta la prisión en Egipto, ni siquiera para dirigirse a Dios. Sin embargo, el libro de Sabiduría retoma este episodio y afirma que la sabiduría divina, Dios en su atributo, “no abandonó al justo vendido, sino que [...] bajó con él al pozo” (Sb 10,13-14). Más tarde, como esclavo en la casa de Putifar, todo lo que él hacía prosperaba “porque Dios estaba con él” (Gn 38, 2-3). Esta

lectura es reafirmada en Hch 7,9: “Dios estaba con él”. Por tanto, Dios no se ahorra la aflicción de José, sino que lo asiste en ella. El pozo no es sólo lugar de sufrimiento, sino también de la asistencia inefable de Dios. La narrativa transparenta la forma misteriosa de ser de la divinidad. Cuando parece que él no viene para auxiliar, él ya está ahí. No espera la verbalización de la súplica. Nuestros ojos no están entrenados para percibir eso en nuestro día a día. El autor del libro de Sabiduría percibe la presencia de Dios en el pozo de aquél vendido, siglos después.

Esta sabiduría se convirtió en proverbio en el AT: “Beba cada uno del agua de su propio pozo!” (II Rs 18,31; Is 36,16; cf. Pr 5,15). Dicho de otro modo: estamos atentos para percibir a Dios en nuestro propio sufrimiento, en nuestra propia inseguridad, en nuestra propia noche oscura. Y, si se levantan los ojos más allá de sí mismo, se percibirá su presencia en los pozos de las UTI’s (Unidades de Tratamiento Intensivo), en los agentes de salud, en los que trabajan en los servicios esenciales, etc. Lugares y personas bastante golpeados últimamente. Ahora, mirando de forma más profunda, ¿Qué hizo Jesús en su encarnación sino bajar al pozo humano?

La experiencia fundante y paradigmática del Dios de Israel no fue hecha en el templo, ni en el culto, sino en la fuga de Egipto, en el éxodo. El profeta Amós retoma esta experiencia con una pregunta retórica: “¿qué acaso me ofreciste sacrificios y ofrendas en el desierto durante cuarenta años, oh casa de Israel?” (Am 5,25). Ni por eso, Israel dejó de ser alimentado y asistido por su Dios.

Elías eliminó los falsos profetas (I Rs 18,40) y esto le costó la persecución de muerte por parte de la reina Jezabel (I Rs 19,2). “Viendo esto, Elías se levantó y partió para salva la vida” (v. 3). En el desierto él pidió la muerte (v. 4). Apareció un ángel del Señor que no aseguró el fin de la persecución, pero lo asistió y le avisó que “el camino sería muy largo” (vv. 5.7). El profeta se dirigió al monte Horeb y se escondió en una gruta donde pasó la noche (vv. 8-9). Dios vino a su encuentro no por las vías convencionales (huracán, el terremoto y el fuego), sino en una brisa suave (vv. 11-13), esto es, de una forma nueva. Ocasión que el profeta no perdió. La narrativa es clara en mostrar que Elías

hace su experiencia de Dios en la fuga, en el miedo, en el desierto, en la noche oscura y no en el templo o en una liturgia.

En la escena de los discípulos de Emaús, Jesús resucitado hizo todo el camino con ellos sin ser reconocido (Lc 24, 1-29). El texto deja claro que el Cristo resucitado no reconocido no significa un Cristo muerto, el Cristo no percibido no significa un Cristo ausente.

En el texto joánico, Magdalena fue al sepulcro de madrugada para vivir y procesar su luto, movida por una ausencia que dolía. Aún mantenía la esperanza de, por lo menos, estar cerca de los resquicios de la presencia del maestro, el cuerpo. No lo encuentra y entiende que él fue robado de ahí (Jo 21, 1-2). El discípulo amado fue a la tumba, la encontró vacía y el evangelista afirma que “*él vio y creyó*” (v. 8). Es el desafío de la fe: ver la presencia del resucitado en la aparente ausencia, en el vacío. En seguida, Magdalena encontró a Jesús resucitado y pensó que era el jardinero (v. 15). Otra vez, como en Emaús, no reconocer a Aquél que vive en las madrugadas de la vida no significa que él esté muerto o ausente.

Regresando al episodio de José, no es oportuno preguntarnos por el “*¿por qué?*” de todo eso. La búsqueda por una causa o razón nos lleva para atrás y fácilmente nos puede empujar para el moralismo. Es momento de mirar para adelante y preguntarnos por el “*¿para qué?*”, por una finalidad. ¿Será que a los ojos de Dios no está una invitación paterna para ver el mundo y las relaciones de otra forma? José de Egipto, consiguió mirar los hechos con los ojos de la fe. Eso le permitió ver la mano de Dios presente en los acontecimientos y transformar la venta en un envío, la desgracia en gracia (Gn 45, 5-8; 50,20) y, a partir de esto, consiguió rehacer las relaciones. ¿Será que Dios, que obviamente no causó esta catástrofe como no causó el pozo de José, no serviría de todo esto en su pedagogía

para ayudarnos a crecer y organizar un mundo y las relaciones de un nuevo modo?

Por otro lado, el profeta Isaías habla de “un Dios que se esconde” (Is 45, 15) y que debe ser “buscado” (Is 55,6). El tema de la “búsqueda” de Dios aparece en varias ocasiones (p. ex.: Dt 4, 29; Jr 29, 13-14; II Cr 15, 2 etc.). Este tema no sólo apunta para el misterio de lo inefable y que quiere ser buscado como un padre que se esconde para que el hijito tenga la alegría del encuentro. Es también un modo de decir que Dios no se deja cristalizar, congelar, fosilizar en conceptos, en el corazón y en la mente del creyente. Por eso no tolera imágenes. Él es dinamismo y necesitamos rehacer, actualizar la visión que tenemos de Él. Si la visión de Dios que tenemos de “oídos”, que heredamos del pasado (tradición), no nos ayuda a “verlo” en el momento presente (experiencia), entonces no cumple su papel, necesita hacerse de nuevo. ¿No es eso que nos enseña el hombre de la tierra de Uz (Job 1,1) cuando dice: “Te conocía sólo de oídas, ¿ahora te vieron mis ojos” (Jó 42,5)?

**Pero el momento, sin
asambleas, sin misas,
sin eucaristías, etc.,
nos fuerzan a repetir y
recordar lo obvio. Por
cierto, tenemos ahí una
oportunidad, que no podemos
perder, de evaluar nuestra
visión de Dios y nuestras
formas de relacionarnos
con él, nuestras prácticas.
Él está en las Iglesias,
pero está también en
los pozos de la vida. Es
oportunidad para redescubrir
el valor de la solidaridad,
de la complicidad con
el semejante, de la
responsabilidad con la
casa común, etc.**

El pozo era aún la imagen del exilio para donde el pueblo fue llevado: “Para que me destruyeran, me lanzaran en el pozo” (Lm 3,53). Israel se quedó sin templo y sin altar. ¿Cómo hacer sus sacrificios? El libro de Daniel es una obra tardía, pero el autor la sitúa en el período del exilio (cf. Dn 1,1-2). En el canto de Azarías, conservado en la tradición griega, se describe el drama del pueblo en estos términos: “No hay más en estas circunstancias, ni jefe, ni profeta, ni príncipe, ni holocausto, ni sacrificio, ni oblación, ni incienso, ni lugar donde ofreceremos las primicias delante de ti” (Dn 3,38). Significa que el aparato político-religioso estaba desmontado. El exilio fue la gran noche oscura de Israel. Sin embargo, una de las noches más fecundas, que le permitió a Israel reencontrarse consigo mismo, re-

encontrar a su Dios y purificar la visión que tenía de él. Zacarías, releyendo el hecho, escribe: “Aunque en cuanto a ti, debido a la sangre de tu alianza, liberé a tus cautivos del pozo en que no había agua” (Zac 9, 11)

Estas escenas bíblicas enlistadas hasta aquí me provocan dos conclusiones inmediatas. La primera es que nuestras formas convencionales de alimentar nuestra fe y hacer la experiencia de Dios, nuestras prácticas religiosas, más exactamente, nuestras liturgias, nuestro culto organizado, nuestros ritos, nuestros espacios sagrados, etc., son esenciales, son de mucha importancia, necesitamos de ellas. Sin embargo, no agotan las formas de manifestación de Dios que siempre sorprende y precede, sobre todo en los momentos de crisis. Esto es obvio. Pero el momento, sin asambleas, sin misas, sin eucaristías, etc.,

Es preciso actuar como adultos, con sensatez, y no eximirse de las responsabilidades, pero, aun así, no perder la actitud del niño que se siente seguro y lleno de confianza agarrado de la mano del papá o mamá y camina. Parafraseando al Padre Zezinho en el mismo canto: “perdemos la costumbre del niño inocente”

nos fuerzan a repetir y recordar lo obvio. Por cierto, tenemos ahí una ocasión, que no podemos perder, de evaluar nuestra visión de Dios y nuestras formas de relacionarnos con él, nuestras prácticas. Él está en las Iglesias, pero está también en los pozos de la vida. Es ocasión para redescubrir el valor de la solidaridad, de la complicidad con el semejante, de la responsabilidad con la casa común, etc.

La segunda conclusión es que nuestra noche oscura no está, de forma alguna, ajena a los ojos y a los oídos de Dios. Él siempre ve y oye, sin embargo, a su tiempo y a su modo. Esto nos desafía a no desanimarnos, sabiendo que el camino es largo. Pero como dice el biblista E. A. Knauf: “Quien desea la luz tiene que caminar en lo oscuro” (cf. 1 Könige 15-22, p. 182)

Desde el inicio de este texto, ya tenía en mente la actitud del niño que reza y me acordé de la música de “María de mi infancia” del Padre Zezinho, que dice:

*Yo era pequeño, ni me acuerdo
Sólo recuerdo que, en la noche, al pie de la cama
Juntaba las manitas y rezaba apresurado
Pero rezaba con alguien que me ama*

Jesús, en su sabiduría, decía: “aquél que no recibe el Reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Mc 10,15). El maestro tiene a los niños como modelos. Ellos no están preocupados con las formas de expresión de la fe, con nuestras prácticas religiosas. Ellos simplemente rezan de forma sincera, con pureza de corazón. Más aún, el trazo común y elemental que caracteriza a todo niño es: ¡ellos crecen! Y este momento es propicio para el crecimiento. Es preciso actuar como adultos, con sensatez, y no eximirse de las responsabilidades, pero, aun así, no perder la actitud del niño que se siente seguro y lleno de confianza agarrado de la mano del papá o mamá y camina. Parafraseando al Padre Zezinho en el mismo canto: “perdemos la costumbre del niño inocente”.

Hablando de la confianza en Dios, Paulo Coelho nos presenta la siguiente narrativa rabínica (que hace recordar un salmo alfabético):

Algunos judíos rezaban en la Sinagoga cuando la voz de un niño se dejó oír: “A, B, C, D”. Ellos intentaban concentrarse en la Sagrada Escritura, pero la voz del niño se repetía: “A, B, C, D”. Ellos interrumpieron la liturgia y cuando miraron alrededor vieron al niño que aún cantaba. El Rabino le preguntó al pequeño: “Por qué haces eso?” “Porque yo no sé los versos sagrados”, dijo el pequeño. “Por eso yo espero, que cuando yo canto el alfabeto, Dios usará las letras para formar las palabras correctas”. “Te agradezco por esta lección”, dijo el Rabino. “Ojalá yo también sea capaz de confiar a Dios mis días sobre la tierra exactamente, así como tú le confías tus letras” (cf. *Unterwegs – Der Wanderer*, p. 133).

Roberto Brañez-Medina¹

La llegada del COVID-19 tomó por sorpresa a distintos sectores de la sociedad. De un momento a otro, nos llevó a repensar tanto nuestros planes a corto-mediano-largo plazo como nuestras propias actividades cotidianas. Para quienes nos dedicamos a la docencia, nos cogió *ad portas* del inicio de clases, quizás ya con un esquema en mente ideado desde nuestra experiencia en aula e incluso con sesiones ya estructuradas. De pronto, el anuncio de las modalidades virtuales se asomó como una posibilidad que fue ganando terreno conforme avanzaban las semanas, y exigió para las instituciones públicas y privadas, de formación básica, técnica y superior, la planificación en tiempo récord de programas de capacitación y virtualización. La meta de trasladar las dinámicas de enseñanza presenciales al mundo digital ha significado, pues, un reto para las comunidades educativas. Creo, sin embargo, que en el núcleo de estos procesos subyacen algunas premisas sobre la virtualidad que deben ser visibilizadas y discutidas, con miras a comprender mejor en dónde nos estamos moviendo.

En una lectura morfológica del término, la virtualización supone un proceso de conversión de algo, en este caso una clase, a un formato virtual. Ciertamente es, más o menos así, como hemos entendido esta tarea casi titánica: debemos “virtualizar” las clases presenciales. En esta línea, la meta ha sido pensar los medios más efectivos para trasladar lo que hacemos en el aula presencial –con carpetas, pizarra, estudiantes y docente– a un escenario digital. Por eso mismo, nuestras capacitaciones se han basado en la oferta de recursos tecnológicos para generar foros, grabar presentaciones, organizar más armoniosamente nuestra aula virtual, etc. Todo ello ha funcionado bajo la lógica de virtualizar, de buscar que la calidad de una clase presencial se mantenga en estos nuevos entornos, a partir de equivalencias de lo que es explicar un tema (haciendo un PPT), asignar tareas (activando foros) y discutir grupalmente (sesiones de videoconferencia).

Castells², uno de los principales teóricos sobre la virtualidad, comenta que las divisiones entre “mundo real” y “mundo virtual” caen en una oposición “absurda y primitiva”. En su propuesta, es conveniente hablar de una “virtualidad de lo real” para referir a las dinámicas de socialización mediatizadas por ordenadores. En términos sencillos, la Comunicación-Mediada-por-Computadoras (CMC) involucra formas de interacción tan complejas como la Comunicación Cara-a-Cara (f2f, *face to face* por su traducción al inglés). Siguiendo a Benwell & Stokoe³, podemos entender que, en estos espacios digitales, las personas construi-

La meta de trasladar las dinámicas de enseñanza presenciales al mundo digital ha significado, pues, un reto para las comunidades educativas. Creo, sin embargo, que en el núcleo de estos procesos subyacen algunas premisas sobre la virtualidad que deben ser visibilizadas y discutidas, con miras a comprender mejor en dónde nos estamos moviendo.

1 Profesor de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, Lima – Perú, Magíster en Lingüística.
2 Castells, M. (2010): *The Rise of the Network Society*. Segunda edición. Cambridge: Wiley-Blackwell. P. 404.
3 Benwell, B. & Stokoe, E. (2006): *Discourse and identity*. Edimburgo: Edinburgh University Press Ltd.

la enseñanza digital nos lleva al terreno poco explorado de intersección entre estos dos grandes campos: las literacidades académico-digitales, que podríamos entender como las formas de actuar, interactuar, pensar, escribir, hablar, etc. en los entornos académico-digitales

mos nuestras identidades a partir de recursos multimodales –escriturales, orales, visuales, audiovisuales, etc.⁴– de los cuales disponemos: desde la forma en que escribo o mi imagen de perfil, hasta cómo distribuyo mi aula virtual o si decido aparecer o no en mis grabaciones de clase, etc. En resumidas cuentas, las interacciones virtuales constituyen una serie de significaciones

del mundo, las identidades y las relaciones interpersonales construidas a partir de recursos multimodales dispuestos por los diseños y lógicas digitales.

Estas reflexiones sobre la virtualidad de lo real las podemos trasladar al campo de los estudios sobre las literacidades⁵. Entendemos estas como las formas de ser, actuar, pensar, socializar que un sujeto domina-interioriza en un espacio particular. Así, por ejemplo, comprendemos que, al ingresar a la universidad, buscamos construir una identidad como sujetos letrados académicos a través de la realización de una serie de prácticas letradas académicas: escribir y leer textos académicos, tomar apuntes en una clase, realizar actividades grupales, etc. Estas formas de ser sujeto no se logran en un curso explícito sobre “cómo ser un sujeto universitario” o similares; es la interacción el medio por el cual logramos interiorizar estos discursos hasta volverlos naturales a nosotros mismos. Así también ocurre con otros espacios como el mundo digital: ser un sujeto letrado digital se logra por medio de la socialización en entornos digitales, de forma tal que vamos interiorizando estas nuevas formas de actuar en estos espacios⁶. Pensemos, por ejemplo, en cómo se diseñan las intervenciones en una plataforma como Zoom, en donde el anfitrión tiene la potestad de callar al resto de participantes, quienes, para tener el turno, “levantan la mano”. Se trata, pues, de dar cuenta de que son lógicas de pensamiento con las cuales nos vamos fami-

liarizando conforme nos involucramos más en ellas. Más aún, la enseñanza digital nos lleva al terreno poco explorado de intersección entre estos dos grandes campos: las literacidades académico-digitales, que podríamos entender como las formas de actuar, interactuar, pensar, escribir, hablar, etc. en los entornos académico-digitales.

¿Cuál es entonces el problema de la llamada “virtualización”? El gran error de este proceso, creo yo, recae, primero, en que parte de la asunción de que lo virtual constituye algo primordialmente distinto a lo presencial pero trasladable a partir de equivalencias; y, segundo, derivado de lo primero, que busca reproducir formas de actuar digitalmente desde las lógicas de interacción presencial. En su lugar, se trata, más bien, de rediseñar nuestras lógicas de planificación de un curso o una clase en el marco de las maneras de ser y actuar digitalmente. Como docentes, nuestro gran reto está en interiorizar estos nuevos discursos hasta volverlos naturales a nosotros. ¿Cómo lograrlo? Explorando críticamente las formas de interacción mediatizadas por ordenadores (recursos multimodales de las redes sociales –emojiconos, reacciones, etc.–, diseño de los vídeos en YouTube, formas de discusión en Twitter, etc.) enmarcándolas en el quehacer académico. Ciertamente, las referencias cercanas son escasas, y probablemente nuestros conocimientos para alcanzarlas aún son incipientes.

La inserción en estas nuevas dinámicas nos ha sorprendido y exhortado a tomar decisiones inmediatas. Por ello, toda medida adoptada hasta el momento es acertada y válida. No obstante, con un panorama incierto por delante, y ya con la experiencia de este primer semestre, debemos evaluar más críticamente los implícitos teóricos desde los cuales partimos, y que probablemente han generado ciertas desazones en nuestro *modus educandi*. No es, pues, ir de lo “presencial” a lo “virtual”, sino de rediseñar nuestras lógicas de pensamiento en el marco de la interacción virtual.

4 Kress, G. (2003): *Literacy in the New Media Age*. Londres: Routledge

5 Boughy, C. (2000): “Multiple Metaphors in an Understanding of Academic Literacy”. *Teachers and teaching: theory and practice*, 6(3), pp. 279-290. Street, B. (2004): “Los nuevos estudios de literacidad”. En V. Zavala, M. Niño-Murcia & P. Ames (Eds.). *Escritura y sociedad. Nuevas perspectivas teóricas y etnográficas* (pp. 81-108). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico & Instituto de Estudios Peruanos. Gee, J. (2004): *Situated language and Learning. A critique of traditional schooling*. Nueva York & Londres: Routledge.

6 Gee, J. (2004). *Op. cit.*

“PIDAN Y SE LES DARÁ, BUSQUEN Y ENCONTRARÁN”

Benjamín González Buelta S.J.

Pedir y buscar unidos
como el inspirar y el expirar.

Pedir nos abre el corazón
al don de Dios, en su surgir,
en su crecer y en su sazón.

Buscar nos activa enteros
para salir y encontrar el don
que ya crece entre nosotros
al ritmo y forma de lo humano.

Dios sabe lo que necesitamos
y ya ha empezado a dárnoslo
antes que se lo pidamos
y es mayor que nuestros sueños.

En los trabajadores enmascarados,
los laboratorios en silencio,
las rutinas de servidores anónimos,
la soledad intubada y muda,
el vacío respetuoso de las calles,
los templos llenos de ausencias,
las cuatro paredes familiares,
los muertos al sanar a los heridos,
los entierros sin funeral ni llanto,
el cálido aplauso de las ocho
y las insomnes redes digitales,
ya está creciendo un don impredecible
desbordando nuestras oraciones
y las previsiones de los sabios.
¿Qué nueva humanidad se está gestando
en esta tierra que gime su embarazo?

No le pidamos a Dios impacientes
que presione el vientre de la historia
y acelere el parto. Es tiempo
de silencio servicial y expectante.



LA PANDEMIA EN CLAVE DE SOLIDARIDAD Y VERDAD

Piero Trepiccione¹

Nos ha sorprendido la pandemia del COVID-19 así como las consecuencias del cambio climático en muchos rincones del planeta. Las descoordinaciones entre los Estados han sido frecuentes en esta lucha mundial contra la expansión de ese flagelo y el debilitamiento atmosférico causado por las variaciones climáticas. Una vez más pareciera que la política no está a la altura de las circunstancias. Las poblaciones se resienten y la desconexión de liderazgo se hace más palpable.

Esta situación en particular de la expansión acelerada del coronavirus demuestra la falta de evolución de nuestras instituciones, paradójicamente, en una época, cuya característica fundamental ha sido el desarrollo tecnológico sin parangón en la historia de la humanidad. El

poder sigue disputándose de una manera muy parecida a la descrita por Maquiavelo y otros autores medievales. Zancadillas, mafias, nepotismo, aferramiento, entre otras yerbas aromáticas que pululan por esos rincones y que se convierten en serios obstáculos para responder adecuadamente a los elementos del entorno dinámico y extremadamente cambiante que vivimos.

No tenemos evolución en las instituciones porque el poder sigue concentrado en intereses minúsculos y sobre sí mismo. Los debates políticos cada día se banalizan más desconectándose con las duras realidades que atraviesan sociedades enteras. Las consecuencias no se han hecho esperar: más caos, más indolencia, más dispersión de esfuerzos, más divisiones institucionales que restan calidad y eficiencia a las políticas públicas.

Las cifras hasta ahora son alarmantes. Y seguramente van a serlo aún más. Solo esperamos que, definitivamente, una prueba mundial de esta naturaleza permita ejecutar los cambios necesarios que hagan evolucionar



Esta situación en particular de la expansión acelerada del coronavirus demuestra la falta de evolución de nuestras instituciones, paradójicamente, en una época, cuya característica fundamental ha sido el desarrollo tecnológico sin parangón en la historia de la humanidad. El poder sigue disputándose de una manera muy parecida a la descrita por Maquiavelo y otros autores medievales

¹ Coordinador de la Red de Centros Sociales de la Conferencia de Provinciales en América Latina y El Caribe (CPAL). Artículo fechado 26/04/2020.

La interrogante más popular en muchos escenarios académicos y populares es ¿tendremos la capacidad de retornar a la normalidad en poco tiempo? Las respuestas no aparecen dibujadas todavía con claridad absoluta

nar el ejercicio del poder hacia estadios de mayor humanidad. Ya basta de Maquiavelo, ahora se necesita más conciencia y menos ambiciones particulares en el mando de las instituciones, ya que la política se ha exacerbado. Las preocupaciones por la economía mundial crecen día a día y las noticias acerca de la expansión de la pandemia provocada por el coronavirus son cada vez más asombrosas. Todo este cuadro dantesco está originando repercusiones de diversa índole en todos los continentes, reba-

sando la capacidad de respuesta de los Estados. La interrogante más popular en muchos escenarios académicos y populares es ¿tendremos la capacidad de retornar a la normalidad en poco tiempo? Las respuestas no aparecen dibujadas todavía con claridad absoluta.

Sin duda, con una coyuntura tan fuera de certidumbres, es obvio que se precipiten luchas y contradicciones entre los actores del poder mundial. Ya hemos visto, por ejemplo, el anuncio de Donald Trump de movilizar

tropas hacia El Caribe con el objetivo de contrarrestar las operaciones de narcotráfico en la zona. Una decisión de esta naturaleza, en circunstancias normales, hubiese sido mucho más complicada tomar. Esta acción puede precipitar acontecimientos geopolíticos inimaginables siquiera en los circuitos analíticos de la inteligencia global. Toda la región se verá impactada con una acción de este tipo y las consecuencias políticas y económicas se harán sentir y sobrevenir.

Por lo tanto, el “pandemónium” actual abre una caja de pandora en el concierto internacional de naciones. No hay ninguna duda en ello. El problema es la alta vulnerabilidad que nuestros sistemas institucionales tienen en la actualidad y el deterioro profundo en las pautas democráticas del hemisferio. A mayor deterioro de las prácticas democráticas se ha experimentado un debilitamiento de los sistemas institucionales y, por ende, de la capacidad frente a necesidades y eventos reales en la cotidianeidad de la gente. Y quienes más sufren las consecuencias son precisamente los sectores más vulnerables de la sociedad. En el caso particular de América Latina y El Caribe, este proceso ha sido más agudo y sostenido. Sus consecuencias han sido nefastas para las poblaciones de menores recursos y los indicadores sociales de las últimas décadas así nos lo muestran.



No podríamos perder más tiempo. Este pandemónium está en marcha y nos sorprendió a todos.

Fortalecer las capacidades asociativas y los ejercicios ciudadanos serán claves para relanzar sistemas políticos, económicos y sociales de cara al futuro inmediato que se abrirá a partir de la post-pandemia.

Mientras más rápido tomemos conciencia de ello, más prontamente podremos retornar a una normalidad orquestada sobre la base de relaciones políticas más democráticas y fecundas

No podríamos perder más tiempo. Este pandemónium está en marcha y nos sorprendió a todos. Fortalecer las capacidades asociativas y los ejercicios ciudadanos serán claves para relanzar sistemas políticos, económicos y sociales de cara al futuro inmediato que se abrirá a partir de la post-pandemia. Mientras más rápido tomemos conciencia de ello, más prontamente podremos retornar a una normalidad orquestada sobre la base de relaciones políticas más democráticas y fecundas. Lo contrario sería contribuir el caos actual y el desmembramiento de la institucionalidad democrática mínima. El pandemónium existe, hay que reconocerlo, pero hay que actuar para superarlo en el menor tiempo posible.

Y para ello, sin la verdad acuciosa y científica es difícil combatir la pandemia. Cuando los gobiernos intentan sacar provecho político o simplemente afianzar la propaganda en su manejo estratégico de la situación, corremos muchos más riesgos. Ocultar información, tergiversarla o manipularla termina siendo un boomerang contra la población misma. El coronavirus es real y está matando gente a una enorme velocidad. En medio de ello, observamos cualquier cantidad de teorías conspirativas que terminan desinformando y, en algunos casos, bajando la guardia necesaria, que los sistemas sanitarios y las sociedades deben tener activados para superar lo más pronto posible la pandemia. El gobierno de China, la organización Mundial de la

Salud (OMS), algunos gobiernos europeos y de Estados Unidos, Rusia, Irán, Francia y muchos otros, han tenido o “lagunas” o mala utilización de datos que se han sumado a las complicaciones causadas por la misma pandemia. Ocultar la verdad ante hechos de esta naturaleza agrava las cosas. Importante vernos en el espejo de Chérbobyl para darnos cuenta de lo delicado de mentir. Es preferible decir la verdad por más dolorosa o compleja que sea. Esto puede ahorrar vidas y esfuerzos.

La solidaridad es la otra clave vital frente a la pandemia. Ser solidarios en una circunstancia como esta es tener sentido de humanidad. Cuidarnos y no arriesgar la vida propia ni las de los demás asumiendo la cuarentena y las recomendaciones médicas con responsabilidad y conciencia colectiva es parte de ese ejercicio. Pero, además, comprender que una pandemia no se derrota individualmente, sino con una articulación social e institucional que oriente todos los esfuerzos en una sola dirección, para sumar intensidad y eficiencia. Las redes de solidaridad para apoyar a personas con mayor vulnerabilidad son vitales para nuestra demostración de humanidad y supervivencia. Además, todo lo que signifique aupar y apoyar el trabajo de miles y

La solidaridad es la otra clave vital frente a la pandemia. Ser solidarios en una circunstancia como esta es tener sentido de humanidad. Cuidarnos y no arriesgar la vida propia ni las de los demás asumiendo la cuarentena y las recomendaciones médicas con responsabilidad y conciencia colectiva es parte de ese ejercicio. Pero, además, comprender que una pandemia no se derrota individualmente, sino con una articulación social e institucional que oriente todos los esfuerzos en una sola dirección, para sumar intensidad y eficiencia

miles de personas de los sistemas sanitarios de los diferentes Estados en la labor que realizan es, sin duda, la fórmula más adecuada para fortalecer la primera línea de batalla contra el virus. Pero luego está el trabajo de las organizaciones vinculadas a la Iglesia, quienes junto a miles de asociaciones civiles y fundaciones han entretejido diversas redes de solidaridad global, sin parangón, para atender directamente a los sectores más vulnerables agobiados por esta crisis.

Sin solidaridad, difícilmente podríamos cantar victoria lo más pronto posible. El ejercicio ciudadano en clave de solidaridad es vital para la supervivencia de la civilización actual. Por lo tanto, la ecuación verdad más solidaridad debemos impulsarla desde todos los espacios posibles: comunitarios, familiares, institucionales, religiosos y públicos. No puede quedar ninguno descubierto. Es el verdadero plan que nos permitirá

recuperar una nueva normalidad con nuevas características. Más humanidad y menos egoísmo contra la pandemia. A este fenómeno lo venceremos entre todos, no individualmente. Son muchos los ejemplos que estamos viendo alrededor del mundo sobre actividades de solidaridad. Falta ver que la verdad ocupe, sin vacilaciones, las agendas de información pública para actuar en consecuencia junto a las redes de solidaridad. El tiempo apremia.

CLAVE DE SOLIDARIDAD Y VERDAD

aurora

VOCES JESUITAS SOBRE LA PANDEMIA



JESUITAS
CONFERENCIA DE PROVINCIALES DE
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE - CJAL

